

# BIOGRAFIA

DEL

EXCMO. SR. TENIENTE GENERAL

# CONDE DE YUMURI.



MADRID.—1854.

*Redaccion de la obra del Estado Mayor.*









EL GENERAL

CONDE DE YUMURI



**EL GENERAL**

**CONDE DE YUMURI.**

92

Narváez



R. 15.670

lib. 420.648

**BIOGRAFIA**

DEL

EXCELENTISIMO SEÑOR TENIENTE GENERAL

**D. FRANCISCO ANTONIO NARVAEZ,**

**CONDE DE YUMURI.**

PUBLICADA EN LA OBRA

DEL

ESTADO MAYOR DEL EJERCITO ESPAÑOL.



**MADRID:—1854.**

IMPRESA MILITAR Á CARGO DE MARIANO SATUE,  
calle del Arco de Santa Maria, núm.º 39.



## NOTA DE LA REDACCION.

---

La biografia del Teniente General CONDE DE YUMURI, contiene hechos de la mas grave importancia militar y política, oscurecidos hasta hoy en sus causas y accidentes mas esenciales: poner al alcance del público la verdad de estos hechos, á fin de que se rectifiquen errores acreditados por la indiferencia ó el silencio, es uno de nuestros deberes; y para lograr cumplidamente el objeto, verificamos la presente reimpression de la biografia de este ilustre general y hombre de Estado, que es la que acaba de ver la luz pública en la obra del ESTADO MAYOR. La importancia de esta determinacion, será debidamente apreciada al leer las páginas siguientes, pues en ello se interesa el crédito de nuestras armas, y la indeclinable pureza de la historia.

*M. G. de Yumuri*  
*Conde de Yumuri*

*La Redaccion*



EL TENIENTE GENERAL  
DON FRANCISCO ANTONIO NARVAEZ.  
CONDE DE YUMREI.

— Su antigüedad 29 de octubre de 1839. —



I.



ESCRIBIMOS para la historia, y á fuer de publicistas imparciales, nobles son nuestros propósitos y verdaderas nuestras palabras como hombres independientes. Las páginas que han visto la luz pública de la vida militar y política de varones ilustres, que han sido el orgullo de nuestro país como representantes de las épocas gloriosas en que era grande el destino de la nación española, se abren hoy para dar entrada á uno de los esclarecidos gefes del ejército, cuyos relevantes hechos de armas en su larga carrera militar, y las dotes elevadas de mando que desplegara como hombre político en circunstancias peligrosas, forman hoy el verdadero tipo del hombre de Estado á

quien las pasiones de partido y el contagio de los malos ejemplos, no pueden desvirtuar ni en su consecuencia política, ni en los elevados sentimientos de un español amante de su Reina, y de su patria.

Nació D. FRANCISCO ANTONIO NARVAEZ en la ciudad de Loja, provincia de Granada, el 29 de marzo de 1797. Recibió al lado de sus padres, en sus primeros años, una educacion esmerada, y aun no tenia la edad suficiente para señalarle carrera, cuando ya dejó conocer su vocacion por la Milicia, abrazando por fin, á ejemplo de sus antecesores y de sus hermanos, la noble profesion de las armas. Practicáronse al efecto las oportunas diligencias, y fué admitido en clase de cadete en el regimiento infanteria de Aragon, en el año de 1807.

1808.—El regimiento en que servia NARVAEZ, fué uno de los designados para formar la espedicion que al mando del general Taranco debia pasar al vecino reino de Portugal, y dirigirse á la ciudad de Oporto. Lo natural era que arredrase á NARVAEZ, la idea de seguir la dudosa suerte que pudiera caber á su regimiento en pais estrangero; pero ciertamente no fué asi. Aconsejábanle todos, atendidas su clase y poca edad, que se trasladase á otro cuerpo de los que permanecian en España; mas el jóven cadete habia formado su resolucion, y esta fué irrevocable. «Mi deber, contestaba, es seguir á mis gefes y compañeros, y participar de su buena á mala suerte.» Notables palabras que en boca de un jóven, niño aún, revelaban un carácter pundonoroso, el corazon de un valiente, y una voluntad firme y decidida.

La época del terror que avasallára los ánimos en Francia, habia ya pasado. Los célebres personajes de la revolucion, ya no existian. La república, cual otro Saturno; habia devorado sus hijos predilectos, y la cuchilla que decapitó al infortunado Luis XVI, habia segado las cabezas de los hombres mas notables de los clubs, de la Convencion nacional, y del Tribunal de salud pública. A su vez cayó el Directorio, y un hombre, cuyo genio se vislumbrára ya en el sitio de Tolon, dirigia los destinos de la Francia, y sus planes ambiciosos dejáronse sentir en la

Península invadida á la sazón por las águilas imperiales.

El memorable Dos de Mayo fué la señal del levantamiento nacional. Resonaba por los ángulos de la Monarquía española el grito de la independencia, y aprestábanse los pueblos á la lucha con las legiones imperiales, hasta entonces invencibles. El regimiento de Aragon en que servía NARVAEZ, fué de los primeros que respondieron al *grito santo* del país; y regresó con este motivo á España, para formar parte del ejército de la izquierda, que, al mando del digno general Blake, se organizaba en Galicia.

1812.—Era NARVAEZ jóven de mucha estatura y robustez, y de una imaginación y energía superiores á su edad. Soportó, pues, las fatigas de aquella campaña gloriosa con valor y decisión. Entusiasta por la independencia de su patria, selló con su sangre el juramento que prestára en su defensa, y en más de cuarenta acciones de guerra acreditó, con su bizarro comportamiento, la ilustre sangre de sus antepasados. Distinguíase además por otras cualidades altamente recomendables en la Milicia, pues era de carácter subordinado y firme, y resuelto para el mando. Un antiguo gefe del arma, justo apreciador del mérito de NARVAEZ, le pronosticó que llegaría á ocupar en la Milicia un rango superior. El tiempo ha justificado la exactitud del vaticinio.

Seguía NARVAEZ su carrera sin más protección que la que se adquiriera por su aventajado concepto, y ya se encontraba en el año de 1812 de ayudante mayor de su propio regimiento, desempeñando interinamente la sargentía mayor, cuyo empleo era entonces en los cuerpos el de más importancia. Pero indudablemente habría tenido mayores adelantos á ser menos pundonoroso y delicado, como lo demostraremos en breves palabras. Cuando se agitaba en las provincias el alzamiento nacional, se organizaban cuerpos regulares para combatir en todas direcciones las tropas francesas. Los hombres atrevidos que se ponían al frente de aquellas masas buscaban con empeño en el ejército, gefes belicosos y de conocida inteligencia para confiarles diferentes mandos. Y se esparcían al efecto por varias



provincias muchos patriotas encargados de tales enganches, comision por cierto no escasa de peligros. Dos de estos invitaron reservadamente á NARVAEZ y otros compañeros, que abandonasen sus banderas, y pasasen al servicio de los cuerpos que se organizaban en las costas de Cantabria. Ofreciase á NARVAEZ el empleo efectivo de sargento mayor, empero nuestro honrado jóven, fiel á sus primitivas banderas, se mantuvo firme, y desechó una propuesta tan ventajosa, prefiriendo al destino de gefe que se le ofrecia el de menos graduacion que disfrutaba. ¡Distinguido rasgo de abnegacion que solo comprenden las almas nobles!!!

1816.—La coalicion europea triunfó del Coloso del siglo, en cuya gigantesca lucha rayaron tan alto el valor y patriotismo de los españoles. Los héroes de Jena, de Austerlitz y de Marengo sucumbieron ante las armas de un pueblo grande y valeroso, y merced al heroismo español recobró la Europa su libertad é independenciam que el génio del siglo encadenára á su triunfante carro. Retirado por consecuencia de la paz general nuestro fiel ejército á diferentes cantones para organizar nuevamente los cuerpos, pudo NARVAEZ dedicarse al estudio de su profesion. Y tan aventajado salió y se distinguió tanto de sus compañeros, que, á pesar de ser el capitan mas moderno, fué elegido en este año primer ayudante de uno de los batallones de su regimiento, ó lo que es lo mismo gefe del detall, en cuyo importante destino dió pruebas de mucha instruccion y capacidad.



---

## II.



1818.—Libre ya el gobierno de las atenciones de la guerra, reorganizado el ejército y restablecida un tanto la situación del tesoro, pudo ocuparse de nuestras posesiones del Nuevo Mundo, y dispuso la salida de algunas fuerzas para reforzar las que guarnecían aquellos remotos países. No podía nuestro joven acomodarse á los goces tranquilos de una vida sedentaria, que, á beneficio de la paz, se disfrutaba entonces. A impulsos de su carácter fogoso, familiarizado con las penalidades de la guerra, y ambicioso de gloria, á ejemplo de su ilustre ascendiente D. Pánfilo Narvaez, solicitó el pase á América, y se le concedió permuta con el primer ayudante del regimiento de Cantabria, cuyo cuerpo estaba próximo á embarcarse para aquellos dominios. Salió en efecto la expedición del puerto de Cádiz con destino al reino de Chile el 18 de mayo. No fué muy feliz la navegación, pues sufrió recios y frecuentes temporales, de tal modo, que, al cruzar las aguas del mar Pacífico, se dispersaron los buques que la componían. ¡Fatal contratiempo que produjo la captura de algunos trasportes por la escuadra chilena sobre las islas de Santa María y la Mocha, en la costa de Chile, puntos dados para la reunión del convoy! La fragata Santa María, cuya

guarnicion mandaba Narvaez, consiguió salvarse, y tomó puerto en Talcahuano, en cuyo punto encontró la de guerra Maria Isabel que convoyaba la expedicion, y otras dos que pudieron evadirse de la caza de los contrarios. Reunidas tan cortas fuerzas se verificó el desembarque en aquellas playas; y pisó NARVAEZ por la vez primera la tierra del Nuevo Mundo. Comenzó la guerra apenas arribaron las fuerzas expedicionarias, sin darles el tiempo necesario para reponerse de las incomodidades sufridas en tan larga navegacion, y fué nombrado NARVAEZ gefe de E. M. de la division expedicionaria por haberse dirigido á Lima el coronel Loriga que habia salido de España nombrado para dicho importante cargo.

Habiase emancipado el reino de Chile hacia poco tiempo á consecuencia de la desgraciada batalla de Maipu, en la que fueron derrotadas nuestras tropas al mando de Osorio por el caudillo insurgente San Martin. Los restos de nuestras fuerzas habian marchado á Lima dejando en la Concepcion al brigadier Sanchez, gobernador de la provincia, con la escasa de un batallon y algunos caballos, todos del pais. En circunstancias tan desfavorables llegaron las tropas expedicionarias. Como era corto su número, y la ocasion no era ciertamente la mas propicia, no reportó este auxilio todas las ventajas deseadas. Sirvió sin embargo, para llamar la atencion de los insurgentes, que, noticiosos del arribo, y desembarque de los españoles, enviaron una fuerte division á ocupar toda la provincia.

Abrióse, pues, la nueva campaña con la desventaja que era natural por la desigualdad de las fuerzas, y el ascendiente que habian tomado los rebeldes por sus últimos triunfos. NARVAEZ á pesar de tantos contratiempos, trabajó en su cargo de gefe de E. M. con un celo y energia admirables; debiéndose en gran parte á su génio belicoso y conocimientos, el que tan corto número de soldados hubiese podido sostener la guerra, desprovistos de fortalezas, faltos de recursos, sin esperanzas de apoyo, y constantemente perseguidos por tropas superiores en número, connaturalizadas con el clima y prácticos en el terreno.

Acrecian de dia en dia las necesidades y los obstáculos de



todo género; y menguábase el número de nuestros combatientes á medida que aumentaban los peligros y la osadía de los contrarios. Habría sido por lo tanto una temeridad sostener por mas tiempo una situacion tan angustiosa como comprometida para el honor de nuestras armas, y violenta á nuestros guerreros.

1819.—Reducidas, pues, nuestras fuerzas á la posesion de la Isla de la Alhaja, en la que sufrían tambien continuos ataques, que, aunque valerosamente rechazados, mermaban nuestras filas; era necesario tomar una resolucion enérgica que proporcionase á las tropas otra situacion mas ventajosa para reponerse de los reveses sufridos. Convencido de esto mismo el comandante general Sanchez, dispuso la retirada á la plaza del Nacimiento, situada al otro lado del Bio-Bio en el territorio de los indios. Era esta jornada por demas atrevida y espuesta hallándose nuestras tropas rodeadas de enemigos. Asi lo comprendió NARVAEZ, y obrando con sumo tino y prevision, propuso al comandante general pasar anticipadamente á reconocer el paso de tan caudaloso rio y tomar las precauciones convenientes, si, como podia suceder, se ofrecia el caso de una retirada por aquel punto. Practicado efectivamente por el mismo NARVAEZ el reconocimiento del Bio-Bio, y no encontrando mas trasporte que una pequeña barca, dispuso que de los bosques inmediatos se cortasen en abundancia grandes maderos, que, conducidos á la orilla, sirviesen para construir balsas ó almedias. Regresó NARVAEZ á su acantonamiento de los Angeles en dicha isla, pero forzado á los pocos dias por el enemigo el rio Alhaja; se vió obligada la division á emprender su retirada abandonando precipitadamente dicho punto.

Para llevar á cabo con felicidad una operacion tan arriesgada, debió el general tomar con antelacion algunas disposiciones previsoras, reconocido el peligro inminente que iban á correr nuestras tropas: mas desgraciadamente no fué asi. Sanchez, hombre achacoso, anciano irresoluto, y naturalmente apático, efecto, sin duda, de su indisposicion y cansancio, se adelantó á las tropas sin adoptar ninguna medida, y apoderándose de la



pequeña barca, único transporte habilitado que habia en la orilla, atravesó el caudaloso rio con sus ayudantes. Llegó nuestra division al amanecer del 20 de enero, seguida de una crecida emigracion de ancianos, mugeres y niños. A la vista del rio, cuyo profundo y estenso cáuce es por demas imponente, y sin encontrar en la playa ni un miserable elemento de transporte, el desaliento fué general. La agitacion de los ánimos, era visible y un tanto amenazadora. «*¿Dónde está el general?*» se preguntan unos á otros, y como nadie responde, un grito de justa indignacion se oye en las filas de aquellos valientes. Desde este momento, la confusion y el desórden reinan en el campamento: se temia la instantánea aproximacion de los enemigos: la tropa estaba cansada, falta de alimento y sueño: la situacion, pues, no podia ser mas aflictiva ni alarmante. Crece el murmullo en las filas confundiéndose con el llanto de las mugeres y niños, y las exclamaciones de los ancianos: á duras penas pueden los oficiales contener la tropa en los limites de la disciplina. En este momento, en que la desesperacion se habia apoderado de los ánimos, aparece NARVAEZ, que, encargado de la retaguardia, por disposicion del general, venia de los últimos. Su presencia acalla las murmuraciones, restablécese el órden, y todos rocobran la perdida calma: rodéanle oficiales, soldados, y pueblo. NARVAEZ á caballo en medio de todos, á la manera de esos caracteres privilegiados, que alzando su vuelo sobre los demas, les sirven de guia en los peligros, salvándolos casi milagrosamente, era contemplado con admiracion, y como la única esperanza en tan grande conflicto. «*Tranquilizaos, amigos mios, les dice sonriéndose, tengamos serenidad y valor, y nos salvaremos.*» Y como si un rayo de luz bajado del cielo iluminase su frente, una idea salvadora brota de su imaginacion. Ordena sin tardanza formar pabellones á la mitad de la fuerza; reúne esta á muchos de los paisanos que seguian la division; distribúyelos en secciones con oficiales á la cabeza, y les manda internarse á derecha é izquierda en el bosque, y que conduzcan á la playa los maderos que en abundancia habia hecho cortar dias anteriores. Se ejecutan estas órdenes con increíble celeridad, y

aun no habian pasado tres horas la orilla del Bio-Bio exhausta poco antes de medios de transporte, hallábase ya abundantemente provista, y como por encanto convertida en un pequeño arsenal, pues dispuso NARVAEZ que con los portafusiles y los lazos de los caballos se travasen los maderos, y se formasen balsas.

Ocupábanse todos con afan en estos trabajos, oficiales, soldados y paisanos y hasta las mugeres y niños; porque en el comun peligro todos los caractéres, y todas las edades y condiciones se unen y estrechan. Alentábalos NARVAEZ con su presencia y ejemplo, y tocábase ya el término de tan importante operacion; cuando un nuevo incidente que debia esperarse de un momento á otro, pone á todos en consternacion; el fuego del enemigo, oiase á lo lejos. Comprende NARVAEZ todo lo grande del peligro si consigue el enemigo forzar el desfiladero que á retaguardia de la division, cubria con una parte de la fuerza el bizarro capitán Yañez, pues era el único punto por donde nuestras tropas podian ser sorprendidas. Acelérase la construccion de las balsas: milagrosamente se concluye en tan poco tiempo, y ordena NARVAEZ el transporte de las tropas: da sus disposiciones de orden para esta operacion que confia al valiente capitán Lafuente, y parte como el rayo al desfiladero seguido de quince caballos.

Sostenia brillantemente la posicion el intrépido Yañez; observa NARVAEZ la del enemigo, sigue con la vista sus movimientos, y penetra sus intenciones: apreciando todas las ventajas de la situacion que tenian nuestras tropas aguarda sereno la aproximacion de las guerrillas enemigas, y da sus órdenes al capitán Yañez. Avanzan aquellas en número de 200 hombres, separándose demasiado del grueso de su division. Un silencio profundo reina en el desfiladero que semejábese al célebre paso de *Las Termópilas*, en donde un puñado de valientes iba á vender muy caras sus vidas. El enemigo, por demas confiado, sigue avanzando imprudentemente, alejándose mas y mas del centro de sus fuerzas. Próxima ya la vanguardia de los insurgentes á la entrada del desfiladero, que cree desalojado, rea-

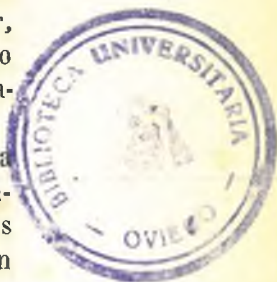
liza NARVAEZ el temerario pensamiento, que antes concibiera, de atacar á aquella á la bayoneta, llegado el momento que esperaba impaciente. Gallardo fué entonces el arranque de nuestros oficiales y soldados. NARVAEZ á su cabeza, seguido del valiente Yañez, arrolló al enemigo causándole muertos y heridos, y poniéndole en completa fuga. Acontecía esto sobre las dos de la tarde, cuando NARVAEZ recibió un parte del capitán Lafuente, avisándole que la mayor parte de la fuerza había pasado ya el río, y que con una hora más, lo habría verificado el resto con el paisanaje. Repitió NARVAEZ sus órdenes para que se acelerase cuanto fuese posible el paso de las tropas y emigrados, y que estuviesen prontas á servir algunas balsas para la fuerza del desfiladero.

Continuaban en sus posiciones los enemigos, cuyo jefe permanecía irresoluto, porque la acción sostenida en el desfiladero debió hacerle creer que era mayor el número de los nuestros, y con ánimo resuelto de defenderlo sosteniendo nuevos ataques. Usaba entretanto NARVAEZ de una estratagema; pues tenía en movimiento la corta fuerza que mandaba á fin de alucinar al enemigo y ganar tiempo. La inacción del contrario hizo triunfar los esfuerzos de NARVAEZ: que, aprovechándose de tan inesperada suspensión, mandó retirar la infantería con orden de que á toda carrera ganase el río y se embarcase sin tardanza, dando instrucciones á Yañez; y quedándose él en el desfiladero solo con los quince caballos. Salió por fin el enemigo de la inacción; concentró todas sus fuerzas y se puso en movimiento, precedido el grueso de la división de una respetable vanguardia, que caminaba recelosa y lentamente. El momento crítico del peligro para NARVAEZ estaba próximo; pero con una firmeza é impavidez heroicas lo esperó en el desfiladero, sin más fuerza que la escolta de caballería. Seguían avanzando las guerrillas enemigas, y los más atrevidos penetran en la entrada del desfiladero, que, con increíble audacia, les disputa NARVAEZ recibiendo los primeros tiros que menguaron su reducida escolta, replegándose á la playa con la celeridad del rayo. Felizmente habían pasado ya todas las tropas y los emigrados; y la playa estaba enteramente

desierta. Unicamente se veía cerca de la orilla una barca tripulada por algunos soldados, y mandada por el impávido Yañez. Pero alcanzado NARVAEZ por los mas ligeros y valientes de las guerrillas enemigas, se paró aún dos veces en su retirada volviendo cara á los insurgentes, y acuchillándolos; sosteniendo en la segunda rudo y sangriento combate con algunos caballos que lograron pasar el desfiladero; hasta que aumentado el número de los enemigos, y no quedándole de su escolta mas que *cinco hombres*, se arrojó al rio con ellos logrando á nado, y entre una granizada de balas de que se salvaron milagrosamente, arribar á la barca en donde, abandonando los caballos, pudieron entrar, desfallecidos y muy estropeados; sostenidos por el nutrido fuego que hacian desde la lancha los soldados que mandaba el arrojado capitan Yañez.

Al ponerse el sol de aquel memorable dia, acampaba nuestra division en la opuesta ribera del Bio-Bio. Gritos de júbilo y entusiasmo resonaban por todo el campamento. Gefes, oficiales y soldados, y toda la poblacion ambulante de emigrados, corrian á saludar á nuestro héroe preguntando con vivo interés si estaba ó no herido, pues les era imposible creer hubiese salido ileso de tantos peligros. Estas sinceras demostraciones de cariñoso afecto de parte de sus compañeros; aquel ir y venir de los emigrados á saber el estado de su salvador, prorumpiendo unos y otros en exclamaciones de gratitud, fueron la recompensa mas dulce, que, para un hombre de corazon y de sentimientos elevados como NARVAEZ, podia enviarle la Providencia para consolarle de la irreparable pérdida de su hermano querido, que habia sucumbido en aquella jornada, llenando gloriosamente su deber. ¡ Loor eterno al jóven guerrero que en aquel importante servicio supo adquirirse gloria tan grande como la de salvar por su valor heróico mas de tres mil servidores de la causa española !!!

1820.—Reorganizada apenas la escasa fuerza de aquella division en el último y débil baluarte del Nacimiento, necesario era prepararse á sufrir nuevos desastres. No se hicieron esperar estos mucho tiempo; pues habiendo pasado los enemigos el



Bio-Bio por otro punto, y con superiores fuerzas; se vieron precisadas nuestras tropas á abandonar á Nacimiento é internarse en el vasto y árido pais de los indios araucanos dirigiéndose á Valdivia, en cuya penosa marcha se invirtieron mas de dos meses, experimentando las privaciones consiguientes á un pais enteramente desierto. Permanecieron las tropas en Valdivia reponiéndose de sus pasadas fatigas, y defendiendo tenazmente aquel terreno hasta el mes de febrero, en que fué hecho prisionero el comandante general, y perdidos los castillos de aquella plaza, con mucha parte de sus guarniciones, y siendo por lo tanto necesario emprender la retirada que dirigió NARVAEZ sobre la colonia de Osorno. Reunidas en este punto las fuerzas del titulado ejército de Chile, dispuso el Coronel Montoya, en quien habia recaído el mando, se formasen de las tropas de todas armas un batallon y un escuadron cuyos mandos dió á NARVAEZ y al intrépido Bobadilla; y creyendo Montoya ya innecesaria su permanencia en aquel punto, se retiró á Chiloe acompañado de los restantes gefes.

Acantonáronse NARVAEZ y Bobadilla en la Isla de Maullin, una de las primeras de aquel vasto Archipiélago, con objeto de precaverse de una sorpresa que pudiese intentar el enemigo, siempre en movimiento, y observacion de nuestras tropas. En esta situacion recibieron ambos gefes la órden terminante de reconquistar á Valdivia; empresa por demas arriesgada, no contando NARVAEZ y Bobadilla con mas fuerzas que 450 hombres de ambas armas, número insuficiente, tanto porque dicha ciudad, como la colonia de Osorno, estaban ocupadas por fuertes columnas de guerrilleros del pais, bastante bien organizadas y atrevidas en sus operaciones, lo cual era muy natural, en atencion á los triunfos obtenidos por las armas insurgentes. Era, pues, absolutamente imposible cumplimentar en todas sus partes la órden recibida; mas sin embargo de tantas dificultades como se oponian á este plan de operaciones, y de carecer de recursos, no vacilaron gefes tan subordinados y valientes, y emprendieron la marcha, pasando la ria que divide aquella isla del Continente americano. Pero al formar nuevamente la columna

para continuar la marcha, se niega la compañía de granaderos á obedecer la voz de *armas al hombro* que dió el ayudante. Un cabo de ella, mas osado que los demas, se encaró con el oficial, y le dijo: «*Somos poca gente para ir á Valdivia y por esto, mi ayudante, no obedecemos.*» Oyólo NARVAEZ, y arrójase sobre el cabeza de los insubordinados; sácalo de las filas, le desarma al frente del batallon, y manda se nombre un piquete para fusilarle en el acto. Semejante arrojó llenó de espanto á todos, y como la presencia simultánea de Bobadilla con su caballería intimidase á los insubordinados, apresuráronse estos á pedir gracia por su camarada, prestándose todos á la obediencia, y suplicando el perdon por la falta cometida. Severo por demas NARVAEZ en sus principios militares, niégase á perdonar. Suplican nuevamente los granaderos protestando la mayor obediencia, lealtad y sumision. Propenso naturalmente NARVAEZ á la indulgencia, consulta el caso con Bobadilla, y de comun acuerdo, resolvieron indultar en nombre del Rey al cabo insubordinado. Se dirigió entonces NARVAEZ al frente de la compañía, manda que vuelva el cabo á su puesto y les arenga. «*Granaderos, les dije, habeis cometido una falta grave y debia castigaros con todo el rigor de la ordenanza: os perdono, sin embargo, en nombre del Rey, y no por vuestras súplicas, sino por el recuerdo de vuestros buenos servicios, lealtad y decision: dentro de dos dias estareis los primeros, y yo con vosotros frente al enemigo; espero granaderos, que borraréis vuestra falta de hoy peleando con el mismo valor que en el desfiladero.*» Entusiasmados los granaderos con las palabras de su bizarro gefe, y el perdon obtenido, renuevan sus protestas, y llenos de júbilo por haberse reconciliado con su jóven comandante, le dan las gracias enternecidos. Todo el batallon participó de tan nobles sentimientos, y se arraigó mas con este suceso en el pecho de aquellos bizarros el afecto cariñoso que profesaban al valiente que los mandaba.

Despues del suceso que acabamos de narrar, continuaron su marcha nuestras tropas, sin que ocurriese en los dos primeros dias novedad digna de mencionarse; pero al tercero, lle-

gando á la altura llamada del Toro, se presentaron los enemigos; y las tropas reales permanecieron en aquella ventajosa posicion haciéndose fuertes en ella. Los tiradores de la vanguardia insurgente rompieron el fuego, que fué contestado por nuestra parte con regularidad y buen acierto. Serian las nueve de la mañana. Poco á poco, y mas sériamente, se fué empeñando la accion, y antes de medio dia, ya habian dado los rebeldes varios ataques á nuestra posicion, en los cuales fueron vigorosamente rechazados por nuestras tropas. No alcanzábamos sin embargo otra ventaja que mantener la misma posicion, si bien menguándose el número de nuestra gente; y era por lo tanto necesario tomar una resolucion mas enérgica, que diera mayores resultados, y alcanzar una superioridad sobre el enemigo. Bizarra, fué, en demasia ciertamente, la que acordaron nuestros decididos gefes, tomar desde luego la ofensiva cargando á la bayoneta. Colócase NARVAEZ á la cabeza de 150 infantes y algunos caballos, y los alienta con sus palabras: da la señal de carga y arrójase sobre la vanguardia enemiga que recibe el impetuoso choque con valor y serenidad. Se encarniza el combate, y los insurgentes hicieron prodigios de valor; pero todos en vano, pues avanzando el intrépido capitán Pueyo con 25 cazadores por el flanco derecho, los envuelve poniéndoles en precipitada fuga. Redobla entonces NARVAEZ sus esfuerzos y se crece en la pelea á medida que crece el peligro: «*aquí mis valientes* :» dice á los granaderos, y persigue á los enemigos con nuevo arrojo. A la voz de su querido gefe atropéllalo todo aquella compañía, y siembra el campo de cadáveres enemigos haciendo al paso algunos prisioneros. Tan brillante triunfo habria sido mas completo si NARVAEZ hubiera contado con mayores fuerzas; pero el enemigo avanzó con el grueso de las suyas, que eran mas que triplicadas de las que conducia NARVAEZ, y así fué que despues de un reñido combate tuvo que retirarse éste á la posicion que ocupaba Bobadilla con el pequeño resto que quedaba.

Por distinguido que sea, como seguramente lo es, el mérito que contrajera NARVAEZ en esta jornada, aun raya mucho mas alto el hecho de armas que vamos á referir, y por el cual



se asemeja nuestro personaje á los héroes de la antigüedad.

Al retirarse NARVAEZ ordenó á su tropa que marchase á la carrera hácia la posicion que ocupaba Bobadilla. Quedóse él bastante á retaguardia, en observacion del enemigo; cuando de improviso se encuentra cortado por mas de veinte insurgentes de los que se habian dispersado á derecha é izquierda del monte, y rodéanle intimándole la rendicion con horribles amenazas. Lo natural era arredrarse ante un peligro tan inminente; pero fiado NARVAEZ en su valor, se mostró sereno y firme en esta ocasion, y lanzándose con la rapidez del rayo sobre los primeros que tenia á su frente, los acuchilla para abrirse paso; mas no logró conseguirlo, y estrechado mas y mas, amenazado por la muerte por todos lados, ya iba á rendirse, cuando un rebelde de colosal estatura, se arrojó furiosamente sobre él, y apoderándose de las riendas del caballo le dice, «*rindete realista*», descargando al mismo tiempo sobre nuestro héroe un bayonetazo. Fué tan intenso y agudo el dolor que sintió NARVAEZ al penetrar el acero en la rodilla hiriendo el hueso, que elevándose sobre los estribos, descargó tan furiosa cuchillada sobre el insurgente, que le abrió el cráneo cayendo ensangrentado y con estrépito á los pies de su caballo. Libre éste entonces, y aguijado fuertemente por su dueño, salta por encima del rebelde, y ábrese paso saliendo á escape, recibiendo una descarga de la que afortunadamente salió ileso por la precaucion de tenderse sobre el cuello del caballo al arrancar éste. El valiente animal á cuyos brios debió NARVAEZ últimamente su salvacion, salió con tres heridas aunque leves.

Repuestos los enemigos del descalabro sufrido atacaron nuevamente la posicion de los nuestros: unos y otros combatieron por largo tiempo con indecible valor; pero la superioridad numérica de los enemigos, venció al fin á nuestras tropas rendidas ya de cansancio por las refriegas anteriores. Desastrosa fué por cierto esta jornada para nuestras armas. NARVAEZ y Bobadilla pelearon con su acostumbrada bizzarria: hubo notables rasgos de valor de parte de nuestros oficiales y soldados; y la compañía de granaderos, selló pródigamente con su sangre, la fé de



la palabra empeñada con su gefe para borrar su pasada falta de insubordinacion. De resultas de accion tan desgraciada, se retiró NARVAEZ á San Cárlos de Chiloe, conduciendo el pequeño cuadro de oficiales y soldados, que habian sobrevivido á tan repetidos descalabros pasando posteriormente á la ciudad de Lima, capital del Perú.

1821.—Despues de los desgraciados sucesos que hemos relacionado, y de los brillantes hechos de armas que tanta gloria dieron á nuestro personage, fué recibido por los gefes superiores del Perú con la distincion que merecian sus recomendables servicios, y particulares dotes de mando. Y deseando aprovechar las disposiciones de un oficial tan aventajado, se le dió el mando del segundo batallon del primer regimiento de infanteria, que habia tenido á su cargo el célebre Gamarra, Presidente de la República del Perú. Conservaba dicho cuerpo arraigadas simpatias en favor de su antiguo gefe, y eran notables su mal espiritu político, y su desarreglo é insubordinacion. Necesitaba por lo tanto este batallon, un hombre de fibra que le hiciese entrar en su deber, lo cual consiguió NARVAEZ con su genio organizador constituyéndolo en poco tiempo, uno de los mejores cuerpos del ejército Real; y prestó en el mando del mismo muy importantes servicios, ya pacificando el valle de Guarochiri, ya batiendo diferentes veces á las numerosas fuerzas enemigas que lo ocupaban y bloqueaban á Lima por aquella parte impidiendo la introduccion de ganados de la sierra.

Se declaró por entonces la epidemia en Aznapuquio, causando estragos horrorosos en nuestras tropas, viéndose obligado el ejército Real á abandonar á Lima en julio de este año; con este motivo, el despues malogrado general Canterac que lo era de aquella division, dictó algunas disposiciones para regularizar la guerra, del modo mas conveniente y ventajoso á nuestras armas. El concepto militar que gozaba NARVAEZ, le valió el ser elegido comandante de la columna de granaderos y cazadores que se formó de toda la gente útil, que contaba la division del citado general Canterac; no obstante que era NARVAEZ el gefe mas moderno de ella. Organizadas estas fuerzas, fué la primera opera-

cion del bizarro general, arrojar del valle de Jauja el cuerpo de insurgentes, que mandaba el cabecilla Alvarado, llevándole en retirada con bastante pérdida del enemigo hasta Llauli. Se comportó NARVAEZ en esta jornada con la pericia, firmeza y valor que tanto nombre le dieron en el ejército, pues como jefe de la infantería desplegó suma habilidad y conocimientos en aquellas operaciones no menos difíciles que arriesgadas.

A mediados de este año recibió NARVAEZ la orden de reunirse con su batallón, á la division que al mando del general Canterac, debia salir del valle de Jauja para auxiliar los castillos del Callao. En esta expedicion se cometió á NARVAEZ el delicado encargo de marchar solo con su batallón por la quebrada de San Mateo, á llamar la atencion del enemigo por aquel punto, á fin de facilitar la libre marcha del resto de la division, cuyo importante servicio ejecutó con la cautela y pericia propias de sus conocimientos militares, sufriendo las penalidades consiguientes á haber atravesado tres veces en pocos dias, la cordillera de los Andes. Prestado este servicio, se reunió NARVAEZ á la division antes de llegar ésta á las fortalezas que iba á auxiliar. Se retiraron nuestras tropas tomando la direccion de la sierra, y fué elegido NARVAEZ con su batallón para sostener este movimiento. De extraordinario mérito fué el servicio de NARVAEZ en esta ocasion, viéndose cargado muy de cerca por la vanguardia de las fuerzas que mandaba el general Miller. Crítica era la situacion de nuestras tropas: la division marchaba á la desfilada sobre Huamantanga. NARVAEZ llegó con su batallón en buen orden á los altos de Porochouco, que encontró ocupados por dos compañías del regimiento del Infante, mandadas por el capitán Peña, que le manifestó habia quedado en aquella posicion, para sostenerle mientras su tropa tomaba algun descanso y alimento en el pequeño pueblo de Porochouco. NARVAEZ pasó con su batallón á este punto despues de advertir á Peña, que los enemigos venian muy cerca. Corta era la distancia que habia de la posicion al pueblo, el cual se veia desde aquella; pero apenas llegára NARVAEZ á él, y cuando su gente se preparaba á tomar algun alimento, se rompió el fuego en la posicion por las com-

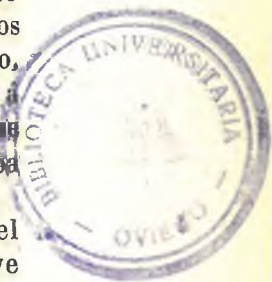
pañías del Infante, lo cual anunció la llegada de Miller. Oído por NARVAEZ, mandó tomar las armas á su batallon, y se dirigió á la altura, ya abandonada por dichas compañías, que reconociendo la superioridad de las fuerzas enemigas, verificaron su retirada por la derecha de NARVAEZ. Muy pronto se vieron coronados de insurgentes los altos de Porochouco; el momento supremo del peligro para nuestras tropas habia llegado; y así lo comprendió NARVAEZ. Solo un arranque de heroismo, podia salvarlas, y el génio de NARVAEZ estaba llamado á tan alta como honrosa empresa. Reunido su batallon y á paso redoblado, tomaba á su vez la altura por la parte opuesta, y mientras Miller se detenía á reunir sus fuerzas en el alto, resolvió NARVAEZ atacarle sin tardanza y vigorosamente para no darle tiempo á poner toda su fuerza en línea. Concebido y realizado este elevado pensamiento, todo fué uno. Colocado al frente de la vanguardia compuesta de las compañías de granaderos y cazadores, dá sus disposiciones y arenga á la tropa para entusiasmarla. *«Soldados: les dice, se ha confiado á vuestro valor un servicio arriesgado; pero glorioso; de vosotros pende en este momento la salvacion de todos. Si huimos, estamos perdidos y morimos sin honra: atacamos al enemigo sin hacer fuego, carga á la bayoneta.»* Y apenas espira la voz de mando, marchan sobre el enemigo despreciando su fuego, cárganle á la bayoneta, y le arrojan precipitadamente de la cumbre causándole gran mortandad. Tomada esta posicion por los nuestros, rompieron entonces el fuego sobre los fugitivos, haciéndoles muchos heridos en su retirada, y gran número de muertos. Principiaba á anoecer, cuando nuestros valientes se posesionaron completamente de los altos de Porochouco. NARVAEZ, cauteloso siempre, no consideró prudente descender de la altura; pero destacó algunas guerrillas que alejaron á los enemigos, yéndose á rehacer á larga distancia. Los nuestros acamparon en la misma posicion, teatro de las glorias de tan memorable jornada, hasta las doce de la noche, hora en que calculó NARVAEZ habria llegado la division á Huamantanga, y entonces se retiró haciendo altos de distancia en distancia, y se presentó á las ocho de la mañana del siguiente

dia en aquella ciudad. El general Canterac, justo y entendido apreciador del verdadero mérito, á la cabeza de su E. M., y de los demas gefes y oficiales de la division de su mando, salió á las afueras del pueblo á recibir á NARVAEZ, y á los bravos del batallon de su cargo: delante de todos abrazó á nuestro jóven héroe, y le dió las gracias y la enhorabuena por el señalado servicio que habia prestado á las armas reales.

Rehecho Miller ocupó la posicion de Porochouco; pero receloso por el descalabro que habia sufrido, no se atrevió á avanzar de aquel punto. Mientras tanto seguia nuestra division en Huamantanga y con noticia de que Miller continuaba irresoluto en Porochouco, se acordó que el bizarro general Valdés con dos batallones y alguna caballeria le desalojase de aquel terreno, como efectivamente lo verificó. Uno de los cuerpos destinados á esta operacion fué el de NARVAEZ; no obstante que era el que menos descanso habia tenido: tal era la confianza que inspiraba su batallon, y el alto concepto que merecia su brillante gefe.

Es de este lugar salvar una equivocacion padecida por el historiador Torrente, autor de la Hispano-Americana. Atribuye este distinguido escritor al general Valdés la accion del 25 de setiembre dada por NARVAEZ á Miller en Porochouco. A fuer de imparciales biógrafos, cumple á nuestro deber rectificar este hecho, no para aumentar los méritos del digno gefe que nos ocupa, sino para aclarar un punto de verdad histórica, tanto mas conociendo que no necesita el distinguido general Valdés mas glorias para acreditar su justa celebridad, que las que realmente ha adquirido en aquellos remotos paises, y en la Península en las últimas épocas de su mando superior. Tal ha sido nuestro propósito.

1822.—Despues de la memorable batalla de Ica, tan gloriosa á nuestras armas, marchaba NARVAEZ á sus cantones con el escuadron de Granaderos de San Carlos y alguna infanteria á las órdenes del general Carratalá. Al pasar una de las cordilleras de que abunda aquel pais, descubrieron á larga distancia una fuerte columna que llevaba opuesta direccion. Dos rezagados de aquella que habian sido detenidos por nuestros exploradores,



participaron que era el caudillo insurgente Quirós que con unos 700 hombres regresaba á la costa, despues de haber practicado una correria por las inmediaciones de Huamanga. NARVAEZ, dispuesto siempre á batir al enemigo, propuso al general Carratalá marchar contra aquel á la cabeza de la caballería y seguido de una compañía de cazadores, entreteniendole á los insurgentes, hasta que llegase Carratalá con el resto de la fuerza. Accedió este general, y partió NARVAEZ á encontrarse con el enemigo. Presentaba la tarde un aspecto horroroso; llovía y granizaba en abundancia, reinando ademas tan recio viento, que oponía mil dificultades á la marcha de nuestras tropas. No habia pasado sin embargo una hora, y la retaguardia enemiga, compuesta de unos cien hombres, habia desaparecido casi completamente, por la impetuosa carga que les diera NARVAEZ, quedando los mas tendidos en el campo. Impaciente el general por llegar al enemigo, caminaba á buen paso; pero aun estaba á larga distancia, porque no le era posible seguir con la infantería el rápido movimiento de NARVAEZ; encontrándose por lo tanto este gefe solo con 80 caballos á medio tiro de fusil de toda la columna insurgente, que se preparó á recibirle formada en batalla. No arredró á NARVAEZ esta imponente actitud; alentado por el triunfo que habia alcanzado sobre la retaguardia enemiga decidió atacar nuevamente á los rebeldes: animó á los suyos, como lo hacia siempre en los grandes peligros, y partió al galope, dirigiéndose al centro de la línea enemiga, que consiguió romper entre una lluvia de balas que diezmó nuestros ginetes. Tan inesperada y ruda embestida asombró á los enemigos é introdujo la confusion, el desorden y desaliento en sus filas. La desesperacion se apoderó del caudillo insurgente, y arrebatado de furor se precipitó sobre NARVAEZ que le recibió con sangre fria, comenzando una sangrienta lucha cuerpo á cuerpo. Ambos eran valientes y de iguales proporciones: paró NARVAEZ el terrible golpe que le dirigió su contrario; á su vez descargó sobre este una furiosa cuchillada y la sangre del rebelde enrojeció su espada: lleno este de coraje cargó nuevamente sobre NARVAEZ que por segunda vez se libró del bien dirigido gol-

pe de su terrible adversario. Cierra de nuevo NARVAEZ con el rebelde, le acosa y estrecha, y descarga sobre él tan violento tajo, que salta la espada de la mano del caudillo, que herido y desarmado, buscó en la huida su salvacion. Desde este momento el triunfo fué completo para NARVAEZ; mas de trescientos prisioneros rendidos á discrecion, y el campo cubierto de cadáveres, fueron los resultados de tan distinguida jornada. Se apoderó NARVAEZ de la espada del caudillo rebelde, que recobrada por el valor de nuestro jóven guerrero, fué devuelta á su legitimo dueño el comandante de escuadron Ortiz, á quien pocos dias antes desarmára el mismo Quirós dejándole muy mal herido en la accion sostenida á las inmediaciones de Huamanga.

Tan brillante hecho de armas valió á NARVAEZ ademas del empleo inmediato de teniente coronel mayor, la distinguida cruz de San Fernando laureada. Posteriormente y por relevantes servicios, fué elevado al grado de coronel, y poco tiempo despues, declarado cuerpo de tropas ligeras el batallon que mandaba, con el cual habia operado independiente del regimiento á que pertenecia, fué nombrado primer gefe del mismo.

1823.—A últimos de este año se hallaba NARVAEZ, acantonado en Huancavelica: recibió orden para atravesar la cordillera de los Andes con 400 hombres de su cuerpo, y marchar sobre Ica con el objeto de llamar la atencion de los enemigos que guardaban aquella plaza, á la que se dirigia desde Huamanga el brigadier Rodil al frente de una fuerte columna de infantería y caballería. La mision de NARVAEZ estaba reducida á cortar la retirada del enemigo en el caso de que la emprendiese por la sierra. Esta operacion se habia combinado con probabilidad de buen éxito; pero los elementos vinieron á destruirla, no obteniéndose por esta causa todos los resultados que se prometiera el muy entendido general Canterac. Sucedió, pues, que al pasar Rodil la cordillera sufrió una fuerte nevada, que produjo á la generalidad de la tropa la enfermedad conocida en aquel pais con el nombre de *Sorumpe* (1); cuya grave é inesperada

(1) Inflamacion en los ojos que priva totalmente de la vista por algunos dias.

novedad le obligó á detenerse. NARVAEZ que ignoraba este acontecimiento continuaba su marcha sobre Ica, conforme á las instrucciones que se le habian dado. Se apercibió el enemigo de la aproximacion de NARVAEZ; pero ignorando la venida de Rodil; y mandó una columna fuerte de 800 infantes y algunos caballos á aguardarlo en el vado de Trapiche distante tres leguas de la plaza. Era cabalmente dicho vado el interesante punto en donde debia situarse NARVAEZ segun se le habia prevenido, y esperar en él órdenes de Rodil, cortando la retirada á los enemigos que dispersos de la accion, que se suponía diese dicho brigadier, buscasen asilo en la sierra.

NARVAEZ, siempre previsor, habia establecido sus espías al emprender su movimiento, y por estas supo que el vado de Trapiche se hallaba ocupado por los insurgentes. Burlado en sus esperanzas y conociendo que á toda costa debia dar exacto cumplimiento á las órdenes que llevaba, decidió atacar á los enemigos sin consultar la desigualdad de fuerzas. Tomadas, pues, sus disposiciones y á la vista ya del punto ocupado cargó á los rebeldes: fueron terribles los primeros embates y dudoso el triunfo por algun tiempo; pero al medio dia pronunciaron los enemigos su retirada, persiguiéndolos nuestras tropas mas de una legua. Bastantes muertos, muchos heridos y no pocos prisioneros fueron el fruto de tan bizarra accion.

No contento NARVAEZ con los laureles de aquella victoria, resolvió seguir hasta Ica para auxiliar á Rodil, á quien suponía atacando ya esta plaza. Llegaron los nuestros frente á los muros de Ica y nada daba á conocer que la ocupase el general Rodil. Sorprendido NARVAEZ; pero distante de retroceder, avanzó sobre la plaza con las precauciones propias en tales casos, y tomó posesion de ella sin mucho esfuerzo, haciendo tremolar en sus torreones el pabellon español. Por tan distinguido hecho de armas, en el cual desplegó NARVAEZ tanta audacia como dotes especiales de mando superior, mereció y obtuvo el ascenso á coronel efectivo.

1824.—Hemos visto que tanto los ascensos y condecoraciones, como la reputacion que adquirió NARVAEZ en el ejército,



los habia conquistado noble y bizarramente con su espada, desplegando á veces un valor heróico, y en todas ellas una pericia y conocimientos poco comunes. Y solo asi podia medrar y elevarse á grande altura un hombre de su temple. La adulacion, la lisonja y la intriga son armas sobrado innobles para que supiera manejarlas; ni se prestaba su carácter, naturalmente grave, franco y honrado á tal clase de juego, en el que muéstranse tan diestros y hábiles otros hombres. Por esto, y nada mas, pasaba por orgulloso para los que no le conocian á fondo, pues acercándose á él y cultivando su amistad, seducia su trato, encantaba la sinceridad y lealtad de su carácter, y admiraba la hidalguia de sus sentimientos. Generoso, y en ocasiones pródigo, su casa, su mesa y su bolsillo, estaban siempre á disposicion de sus amigos. Muchos disgustos, y no nos equivocamos si añadimos tambien perjuicios en su carrera, le habia ocasionado su natural grave y circunspecto. Como todo hombre de honor, era ingénuo y veráz, incapaz de decir lo que no sentia, muy capaz de sostener de todos modos lo que la razon y la honra le dictaban. Valiente hasta la temeridad, esponia á cada paso su vida en defensa de su pátria: combatia, como hemos visto, con arroj, y encarnizábase en la pelea, arrastrado por los naturales arranques de su corazon de guerrero. Vencedor, era el amigo de los rendidos; el primero en la asistencia de los heridos; en consolar á los prisioneros y en emplear en obsequio de todos, los medios de que podia disponer como gefe y como hombre para dulcificar la triste condicion de la desgracia. Y agregábanse á cualidades tan relevantes, la opinion que gozaba en el ejército de hombre de carácter enérgico, entendido, probo y honrado; cuyas apreciables circunstancias le habian granjeado la estimacion de muchos y la confianza de sus superiores, eligiéndole, como hemos consignado antes, muy frecuentemente para servicios arriesgados y árduas é importantes comisiones.

En mayo de este año fué llamado NARVAEZ al Cuzco, residencia del virey del Perú, y despues de varias conferencias que tuvo con este gefe superior, se le confió la comision de pasar á España con el encargo especial de ilustrar al gobierno de



S. M., acerca del verdadero estado militar y político de aquel país, y reclamar los auxilios necesarios é indispensables para su conservacion. El virey aprovechó gustoso esta ocasion, para dar á NARVAEZ un testimonio evidente del alto aprecio en que le tenia, mandando que por la secretaria del vireinato se le diese copia de la comunicacion que elevaba al gobierno de S. M., y de que era portador, con otros despachos, el mismo NARVAEZ. La estension de dicho documento no nos permite insertarle íntegro, concretándonos por lo tanto á consignar en este lugar solo la parte relativa á nuestro personaje.

*« El coronel Narvaez, dice el virey, ha contraido servicios nada comunes en esta guerra, mandando el batallon ligero de Castro y hallándose en diversas batallas y acciones de guerra; en todas las que se ha conducido con el mayor honor y valor, por cuyos distinguidos méritos y la espresiva recomendacion que me hizo de ellos el general en jefe del ejército del Norte, le conferí á nombre de S. M., en sus casos y tiempos, los empleos de teniente coronel mayor, grado de coronel y de coronel efectivo, que acabo de conferirle en nombre del Rey, por el extraordinario mérito contraído en la última expedicion en diciembre del año próximo anterior sobre Ica, pues su valor, celo, amor y decision á la causa de S. M., le habian hecho acreedor á este premio.»*

Quedó NARVAEZ sumamente satisfecho de la honrosa comision que se le habia confiado y de la preferencia que habia merecido; y siempre pronto á cumplir las órdenes superiores, atravesaba el 12 de junio el bloqueo enemigo en un pequeño bergantin, arribando felizmente á la Peninsula el 19 de noviembre y desembarcando en Vigo, desde cuya plaza se dirigió á la córte.

Mereció NARVAEZ la alta honra de ser admitido á la presencia del Soberano. Agradóle á S. M. el grave y militar continente del jóven coronel, y mandó le hiciese en el acto una detallada narracion de las batallas y acciones mas notables que habian sostenido nuestras armas, y de la parte que él habia tenido en ellas, como del estado y espíritu del país. Así lo verificó NARVAEZ con lenguaje veráz y entusiasta, cual cumplia á un oficial

valiente y pundonoroso, ocultando su modestia lo que hacia relacion á su persona. El Rey apreciando en lo que valia un sentimiento tan delicado, le dijo, poniéndole la mano en el hombro. *«Te he oido con gusto: ya sé que te has portado siempre con honor y que tienes mucho amor á mi persona; no olvidaré tus méritos: vé y preséntate á Aymerich.»*

Las conferencias que posteriormente tuvo NARVAEZ con los ministros, convencieron al gobierno del lamentable estado de aquellas colonias, reconociendo la urgente necesidad de remitir á aquel ejército tropas en número suficiente para sostener el honor de las armas, y poder tomar la ofensiva, hasta alcanzar un completo triunfo sobre los rebeldes. Este era el objeto principal de la mision de NARVAEZ. Empero desgraciadamente cuando todo estaba ya dispuesto para una importante expedicion, llegaron á la córte simultáneamente las infaustas nuevas de la pérdida de la batalla de Junin y la derrota y capitulacion de Ayacucho, cuyos desastres cerraron para siempre á España las puertas del continente americano. Sí; perdiéronse, para no recuperarse jamás, aquellos hermosos y fértiles paises que descubriera el valor de los españoles, dirigido por el génio de un hombre extraordinario en los remotos tiempos de los Reyes Católicos. Tales fueron los resultados de las intrigas y manejos de algunas naciones interesadas en la emancipacion de aquellos pueblos; pensamiento abrigado hacia largo tiempo por los rivales de las glorias españolas, y que en mucha parte contribuyeron á realizar las divisiones intestinas que devoraban profundamente á la Metrópoli.

Noticias tan funestas causaron en el ánimo de NARVAEZ una honda impresion, afectándole de tal modo, que cayó postrado en cama con ardiente fiebre. El impetuoso jóven que con tanto valor habia arrostrado la muerte en frecuentes combates, sintió entonces abatido su espíritu. Se comprende bien y honra sobremanera á NARVAEZ un sentimiento tan profundo. La España habia perdido su dominio en aquellos apartados, vastos y ricos climas, y esto como á hijo amante de la madre pátria, debia entristecer al buen español: habia desaparecido para siempre

el teatro de sus hazañas y de su noble ambicion, y esto afectaba extraordinariamente al guerrero: habia perdido muchos de sus dignos y queridos gefes, de sus amigos íntimos, compañeros y hermanos de armas, y esto llenaba de dolor al hombre de corazon. Era, pues, su padecer un tributo que pagaba á la memoria de tan caros objetos; era un fiel testimonio de sus sentimientos de noble patriotismo, de acendrado cariño y de verdadera gratitud como español, como militar y como hombre reconocido y amigo leal y constante; *era, en fin, el último adios de un valiente dirigido á aquellos paises que encerraban tantos y tan gratos recuerdos!!!*





### III.



1826.—Dirigia los destinos de la Isla de Cuba con admirable tino y laudable celo el teniente general D. Francisco Dionisio Vives. Accediendo el gobierno de S. M. á las reclamaciones de este gefe, destinó á sus órdenes, como segundo del departamento Oriental, que mandaba el distinguido y venerable general Quindelan, al brigadier D. FRANCISCO ANTONIO NARVAEZ recientemente promovido á este empleo, embarcándose para su nuevo destino en Cadiz el 9 de febrero del citado año.

A los pocos dias se impuso NARVAEZ del estado del departamento Oriental y de las buenas disposiciones locales que habia para mejorarlo, apoderándose de la costa de Campeche, lo cual no ofrecia grandes dificultades. Hízolo así presente al general Vives, brindándose á realizar su pensamiento: muere á la sazón el estimado general Quindelan, y este suceso precipitó la marcha de NARVAEZ á Santiago de Cuba, para entregarse del mando del departamento, y ancló en Cuba el 22 de mayo tomando posesion en el mismo dia de aquel destino.

La creacion de los departamentos era nueva: Quindelan encargado del Oriental, nada habia hecho por su ancianidad y mal estado de salud, y tuvo NARVAEZ que dedicarse á su orga-

nizacion. Con su actividad y celo incansables principió tan importantes trabajos visitando todo el vasto territorio que tenia á sus órdenes, acompañado de los comandantes de ingenieros y de artilleria; y elevó con este motivo al capitan general, una memoria demostrativa del estado de aquel pais, proponiendo algunas medidas convenientes á la seguridad de la Isla. Aprobadas por Vives las disposiciones y trabajos de NARVAEZ, le autorizó para ejecutar cuanto considerase útil á objeto tan especial. De este modo se aseguró la defensa del departamento, mejorándose las fortificaciones de Cuba, Jibara y Manzanilla; el establecimiento de los hospitales y cuarteles, y la completa organizacion de la fuerza que guarnecia dichos puntos, con especialidad, la de Milicias, cuyo instituto se hallaba enteramente abandonado. Los concedores de aquel pais, comprenderán fácilmente la importancia de las disposiciones adoptadas por este gefe, ya apreciando el peligro 'que ocasiona la aproximacion á las Islas de Jamaica y Santo Domingo, ya considerando que abandonado este terreno seria difícil, sino imposible, 'el recuperarlo caso de ser invadido por los enemigos, atendida su distancia de la capital.

1829.—Designada la comandancia general de Cuba á la clase de mariscal de campo, nombró el gobierno para este destino en dicho año, al general D. Juan Loriga, ya conocido en el curso de esta biografia, continuando NARVAEZ como segundo gefe del departamento hasta mediados del mismo, que obtuvo una Real licencia para regresar á la Península, solicitada con el doble objeto de atender á sus intereses, y disfrutar del placer de estar unido una corta temporada á su familia, de cuya satisfaccion estaba privado desde la niñez en que entró al servicio de las armas.

1831.—Permanecia NARVAEZ en la córte disfrutando de la Real licencia, y disponiase ya á regresar á su destino, cuando estallaron en Andalucia sérios disturbios políticos. Se apresuró el gobierno á enviar tropas á aquella provincia para organizar un ejército de operaciones, al mando del distinguido general D. Vicente Quesada, capitan general de aquellos reinos. Aun

se hallaba á la sazón NARVAEZ en la córte, y fué llamado una noche al Ministerio de la Guerra, recibiendo la órden de que á la mañana siguiente saliese para Sevilla á disposicion de aquel capitán general. NARVAEZ obediente á los mandatos superiores, y activo siempre; salió en posta al amanecer para aquella capital, y se reunió al general Quesada en el puerto de Santa María. Dejamos á la historia la triste narracion de aquellos deplorables sucesos que terminaron con la accion sostenida en Vejer, donde fueron hechos prisioneros la mayor parte de los liberales sublevados.

Se estableció inmediatamente una comision militar ejecutiva de órden del gobierno para juzgar á aquellos desgraciados, y fué nombrado NARVAEZ vocal de la misma. Espinoso y de gran compromiso era entonces un cargo semejante; y por consiguiente muy difícil la posicion de aquel tribunal. Desatendió el gobierno las bases de la capitulacion, y las garantias que habia ofrecido el general á los sublevados cuando se rindieron, y dispuso se juzgase y ejecutase á los prisioneros conforme á las órdenes vigentes; cuya disposicion fué recibida generalmente con disgusto, pues de cumplirla, debia derramarse la sangre de tantos españoles dignos de mejor ventura. Demostró en aquella época el valiente general Quesada, cuanta era la nobleza y generosidad de sus sentimientos declarándose en favor de los prisioneros, como se declaró mas tarde en defensa de una política mas liberal. Conducta magnánima que la mas negra ingratitud, recompensó algunos años despues, sacrificando horriblemente al desgraciado general, al furor de las iras populares.

En grande apuro y conflicto se hallaba, por la pertinacia del gobierno, la comision militar. Empero en tales circunstancias se señalan los grandes corazones, y los caracteres firmes y resueltos. Aquí, pues, en ocasion tan critica, dió NARVAEZ una relevante prueba de su filantropía y humanidad. Contando con la noble y leal cooperacion de los bizarros coroneles Bernuy y Villalonga, vocales tambien del tribunal militar, tomó la digna resolucion de salvar á tantos desgraciados, y los salvó

en efecto. Abogó en el Consejo con calor y elocuencia, en defensa de los términos de la capitulación hecha con los prisioneros liberales antes de rendirse. Y fué tanto el poder de su palabra, y tan santa era la causa que defendía, causa cuyo triunfo en Vejer había dejado en buen lugar el prestigio del gobierno, que todo el Consejo se adhirió á su voto, declarándose en favor de los prisioneros; cumpliéndose de este modo, la honrosa capitulación estipulada por el benemérito general Quesada. Cuando NARVAEZ se presentó á éste en Sevilla á los pocos días, el general lleno de efusión, y á impulsos del noble carácter que le distinguía, abrazó cariñosamente á NARVAEZ, y le dijo estas notables palabras. «Gracias, NARVAEZ: ha prestado V., amigo mio, dos grandes servicios; el uno á la humanidad, y el otro al Rey y á su gobierno.»

Sí ciertamente; noble y bizarra fué la conducta de nuestro héroe en esta ocasion! Conducta que forma la mas bella y envidiable página de la brillante historia de sus servicios. La Providencia agradecida, ha recompensado el proceder de este hombre generoso, benévolo siempre, y siempre dispuesto al bien, elevándole á las altas clases de la Milicia, colmándole de bienes de fortuna, y concediéndole la verdadera felicidad en esta vida, la paz del alma, y las dulzuras del hogar doméstico. Y fué de tanto mas mérito, y digna de alabanza la conducta de NARVAEZ, cuanto que, como todos recordarán, era aquella una época de terror en la que pasaba por crimen de Estado el abrigar compasión en favor de los hombres señalados por sus opiniones liberales. Por esto, y solo por esto, repetimos, conociendo bien el corazón humano, tuvo gran mérito el proceder del brigadier NARVAEZ en aquellas circunstancias especiales; porque jugó el todo por el todo, jugó su carrera, y el brillante porvenir que le sonreía, esponiéndose á caer en desgracia con el gobierno, y hundirse para siempre, todo por anteponer la salvacion de mas de mil hombres á su fortuna, y á su bienestar. ¡Ojalá que fueran mas comunes los ejemplos de esta clase!! Pero desgraciadamente para la sociedad, no hay muchos hombres de tan fino temple y alma tan magnánima.



Apenas quedó terminada su comision en Andalucía, se presentó NARVAEZ en la córte sereno el ánimo y tranquila su conciencia. Si el verdadero mérito tiene enemigos envidiosos, tambien cuenta con amigos leales y decididos, amigos de todos tiempos y circunstancias. Supo NARVAEZ por ellos que algunos que pasaban por afectos al gobierno, y jamas habian salido de la córte, se habian atrevido á motejar su conducta en Andalucía, y que era de temer le hubiesen indispuerto en el ánimo del Rey. NARVAEZ les contestó, que no lo creia; pero que era muy posible lo hubiesen intentado. Aunque en su interior estaba satisfecho de su conducta, deseaba el momento de besar la mano á S. M., cuyo alto honor recibió á los tres dias de llegar á la córte. Al entrar NARVAEZ en la antecámara Real, la atravesaba D. Tadeo Calomarde, que salia de la cámara del Rey. NARVAEZ se inclinó respetuosamente al pasar el célebre ministro de Gracia y Justicia, quien reconociéndole saludó al brigadier tendiéndole afectuosamente la mano.

«Bien venido, Brigadier: acabo de hablar con S. M. que me ha dicho espera á V.; y tengo la complacencia de anticiparle que el Rey está muy satisfecho del comportamiento de V. en la Isla de Leon, añadiendo que tiene en V. uno de sus mas leales y decididos servidores. Creo oficioso decir á V. que yo he sido de la misma opinion de S. M. reconociendo sus buenos servicios.»

NARVAEZ dió las gracias al ministro, y se dirigió al cuarto del Rey. Aquejado S. M. de la gota, estaba sentado en una banqueta: al presentarse el Brigadier le dió á besar su Real mano y le saludó con suma jovialidad preguntándole por Quesada y por el estado de las cosas en Andalucía. NARVAEZ satisfizo completamente á S. M., y al esplicar su conducta en la comision militar, manifestó al Rey con lenguaje respetuoso; pero firme, *que creia haber interpretado fielmente los sentimientos piadosos de S. M.: que mientras la rebelion estaba en pié, nada mas justo que combatirla, tanto por la propia defensa del gobierno, como por restablecer el orden público y la autoridad real; pero que ya rendida y mediando una capitulacion hecha en*

*nombre de S. M. por el General Quesada, de cuyos leales sentimientos no podía dudar S. M.; habría sido un borron para el gobierno del Rey no respetar aquel pacto sagrado, y dar un motivo poderoso con el derramamiento inútil de tanta sangre para enagenar al Soberano el amor de sus pueblos.*

Nada debemos añadir á tan sublimes palabras que tanto enaltecen al digno gefe que las pronunció al mismo Soberano; palabras que revelaban ya al hombre político, y al consejero leal y previsor, que algunos años despues, y en ocasion célebre tambien, aconsejára con respetuosa energia á la augusta viuda de Fernando, lo que, en su opinion, era mas saludable y conveniente al trono y al pais.

El Rey, que no habia separado sus ojos de NARVAEZ, se levantó, y le dijo con aspecto risueño: *«Bien, Narvaez, bien: me he alegrado mucho de que hayas obrado asi; y Yo te aseguro de que has interpretado exactamente mis deseos: aqui vimos al pronto las cosas de diferente modo: repito que estoy muy contento contigo, porque sé tu amor á mi persona. Ya te dije otra vez que no olvidaria tus méritos. Si Dios quisiera que la Reina diese á luz un príncipe, cuenta con la faja de general como Yo cuento siempre con tu lealtad y decision.»* NARVAEZ besó la mano á S. M., y se retiró ébrio el corazon de placer, y henchido de justas y merecidas esperanzas. La Providencia en sus altos juicios dispuso las cosas de otro modo. La Segunda Isabel, tierna niña entonces, era ya la destinada á la herencia del Trono de las Españas, sin duda para poner á prueba el amor de los pueblos al inocente vástago que miráran, en aquellos dias de tormenta política, como el áncora de salvacion, y en cuya defensa se levantó el pais casi entero. Quedaron frustradas, como las de otros muchos, las esperanzas de NARVAEZ. Sin embargo, consecuente el Rey con su palabra de no olvidar los méritos de NARVAEZ, y no queriendo que un gefe de sus servicios permaneciese en la inaccion, le nombró gobernador político y militar de Matanzas en la Isla de Cuba, cuyo importante cargo acababa de resultar vacante.

1832.—Posesionado NARVAEZ del gobierno de Matanzas se dedi-

có con extraordinario celo á extinguir las numerosas partidas de ladrones que infestaban el término de su jurisdiccion, y tenian en frecuente alarma á aquellos honrados y laboriosos habitantes causando notables daños á su industria y comercio. Secundado noblemente por los esfuerzos de aquella municipalidad, mejoró considerablemente la policia urbana, y dió un grande impulso al ornato público, medidas que sobre ser muy útiles y convenientes á la salubridad, contribuian al embellecimiento de la ciudad. Pero cuando rayó mas alto el celo del nuevo gobernador, y desplegó las dotes apreciables que le distinguieran siempre en las situaciones peligrosas, fué en la epoca del cólera: esponiendo á todas horas su vida, veíasele en todas partes, ya vigilando la asistencia de los apestados, ya tomando disposiciones para atajar el curso progresivo de aquella espantosa enfermedad. Así se grangeó las simpatias de todos sus gobernados, con cuyo motivo el ayuntamiento de Matanzas en testimonio del sentimiento de gratitud pública, le hizo, con la debida solemnidad, el presente de un magnífico baston de mando guarnecido de brillantes y con las armas de aquella ciudad; acordando igualmente se diese colocacion á su retrato, que costeó la municipalidad, en la sala capitular para conservar la memoria de tan benemérito gobernador.



---

#### IV.



1834.—Era la Península á la sazón teatro de graves acontecimientos con motivo de la muerte del Rey, cuyo suceso cambió enteramente la política. Regia entonces los destinos de la nación con admirable entereza y sabiduría la Reina Cristina como Regente Gobernadora del Reino, durante la menor edad de la Reina Isabel. Los decretos de amnistía, de apertura de universidades y otros no menos célebres, tanto tiempo deseados por los españoles, immortalizaron el nombre de la augusta Princesa. Rayaba en delirio el entusiasmo de los pueblos, ébrios de gozo al contemplar á la Gobernadora del Reino á la cabeza del gran partido liberal, todo él ardientemente decidido á sostener los derechos imprescriptibles de la inocente Isabel y la regencia de la augusta viuda de Fernando. Nunca fué ni mas grande, ni mas justo el entusiasmo de los pueblos y del ejército, si se exceptúa la época de la guerra Santa contra el Coloso del siglo, que entonces en favor de la Reina Isabel II y de la Regente del Reino. Los ecos, pues, de ese entusiasmo, casi nacional, llegaron á las playas de la fidelísima Isla de Cuba, y el brigadier NARVAEZ fué de los primeros á ofrecer á los pies del Trono y de la Reina su espada y su existencia. El gobierno, justo apreciador de los

méritos de tan digno gefe, y deseando reunir al deredor del Sólío de nuestra Reina los hombres notables por su valor y capacidad, otorgó á NARVAEZ el permiso de regresar á la Península para darle colocacion en los términos que manifiesta la siguiente Real orden que nos creemos en el deber de insertar.

«Capitania general de la siempre fiel Isla de Cuba. —Con fecha de 17 de agosto me dice el Excmo. Sr. secretario de Estado, y del despacho de la Guerra, lo que sigue:— Excmo. Sr., S. M. la Reina Gobernadora, se ha enterado de la esposicion que con oficio número 67, dirigió V. E. en 27 de junio último, en la cual el brigadier de infanteria D. Francisco Narvaez, gobernador político y militar de Matanzas, reiterando con motivo de la publicacion del Estatuto Real, las protestas de su constante adhesion, á los legítimos derechos de la Reina N. S. Doña Isabel II, manifiesta que si sus servicios pueden ser mas útiles en la Península, volverá gustoso á sacrificarse en defensa de su legítima Soberana; y en consideracion á los laudables deseos del referido brigadier, se ha servido resolver: que venga á España en donde será empleado en la ocasion y modo que S. M. considere mas conveniente al Real servicio, cesando en consecuencia en el gobierno que obtenia de Matanzas.—De Real orden lo comunico á V. E. para su inteligencia y efectos correspondientes.—Y lo traslado á V. S. á los propios fines.—Dios, etc.—Habana 24 de octubre de 2834.—Miguel Tacon.—Sr. brigadier, D. Francisco Narvaez.»

1836.—Se organizaba el ejército del Centro, cuando NARVAEZ regresó á España, dejando un destino importante y pacífico, para atravesar de nuevo las vicisitudes y penalidades de la guerra. Apenas se presentó al gobierno de S. M. se le confió el mando de la segunda brigada de dicho ejército, y pasó inmediatamente á Aragon, á las órdenes del general en gefe. Prestó recomendables servicios mientras estuvo al frente de dicha brigada, hasta que en el mes de agosto ascendió á mariscal de campo, y fué nombrado segundo cabo, y capitán general interino de los reinos de Valencia y Murcia, consagrándose al desempeño de los importantes cometidos que tenia á su cargo, con el celo y ac-

tividad que tenia acreditado. Familiarizado con el mando, acostumbrado á la fatiga, y gustoso siempre de la guerra, su elemento favorito, organizó las fuerzas de su ejército aprestándose á entrar en campaña.

Ardia en facciones el reino de Valencia y el bajo Aragon: célebres cabecillas las mandaban, y el espíritu de los pueblos del interior, se mostraba, sino enteramente hostil, pasivo é indiferente á la lucha que sostenian dos partidos representantes de opuestas opiniones, principios é intereses, ensangrentando nuestros campos y poblaciones con todo el corage de las guerras civiles. Teatro de encarnizados combates, era aquel hermoso y rico pais. Un hombre de génio, activo, valiente é incansable mantenedor de la causa carlista, habia sembrado el terror en aquellas comarcas, con sus sorpresas y ataques atrevidos. Cabrera, pues, abandonando sus guaridas, se precipitaba como un torrente sobre los pueblos de la ribera, y los assolaba esparciendo por todas partes la muerte, el luto y llanto. ¡Oh!,.... Cuántas desgracias, cuántos horrores causaba la ferocidad de aquel terrible caudillo!!

Tal era, pues, al entregarse del mando el general D. FRANCISCO NARVAEZ, la situacion de aquel delicioso pais. Su bella capital bizarramente defendida por sus valientes hijos, estaba frecuentemente bloqueada, ó á lo menos siempre que la faccion descendia de la montaña, y se arrojaba al merodeo sobre los pueblos de la huerta y la ribera. Era por lo tanto necesario el poner á raya la insolencia de las facciones; reanimar el espíritu público, y tomar la ofensiva con arrojo y decision. Conociendo esto mismo, el general organizó rápidamente las fuerzas que tenia á sus órdenes, y se dirigió á Bejis, pueblo ocupado por la faccion, á la cual batió y dispersó completamente. Reunidos despues algunos cabecillas en Chelva, los persiguió sin descanso, alcanzándolos por fin en las inmediaciones de aquella villa, y los batió nuevamente. Reconociendo el general la importancia de dicho punto, dispuso se fortificase en lo posible dejándolo cubierto con una fuerte guarnicion. A beneficio de tan acertadas operaciones, se libraron los pueblos de la huerta de aquellas in-

curSIONES, replegándose estos á las montañas del Maestrazgo.

Combinaba el incansable génio de NARVAEZ nuevos movimientos contra el enemigo, que seguramente habrian dado abundantes y felices resultados; cuando el rebelde Gomez al frente de una fuerte division navarra de lo mas escogido del ejército carlista, invadió inesperadamente las provincias del interior. Suspendió NARVAEZ SUS proyectos para dar cumplimiento á las órdenes del gobierno que le prevenian cubriese con las fuerzas de su mando el paso del Júcar, para cortar la retirada al cabecilla si la intentaba por aquel punto; cuyo importante servicio ocupó algunos dias á las tropas de Valencia, casi teniéndolas en la inaccion. Cesaron estos motivos, y principió el general nuevas operaciones contra los cabecillas Forcadell y Esperanza, que ocupaban los pueblos de Benasal, Villahermosa y Vistabella. Al aproximarse nuestras tropas, se retiraron las facciones; mas perseguidas por aquellas, logróse arrojarlas sobre los puertos de Beceite, causándoles una pérdida de mas de mil hombres entre prisioneros, dispersos y presentados.

Deseaba el general penetrar en las últimas guaridas de los facciosos, á fin de esterminarlos completamente; mas era preciso proveerse de todos los elementos de boca y guerra necesarios y abastecer las plazas de Morella y Peñíscola; todo lo cual, atendido el estado del tesoro, ofrecia no pocos inconvenientes. Sin embargo, tomaba el general para vencerlos acertadas disposiciones, recorriendo al paso el pais para reanimar el espíritu público y enterarse de los males que sufrieran los pueblos, por si era posible á su autoridad el remediarlos. La disciplina de las tropas y el carácter caballeroso de su general, fué lo bastante para tranquilizar á aquellos pueblos, que habiendo vivido por largo tiempo en contacto con los enemigos, temian la presencia de nuestras tropas. Calmó NARVAEZ con su natural bondadoso, y ánimo conciliador, la alarma de aquellos habitantes, y ya empleando la persuasion y la dulzura con las familias que tenian esposos, hijos, hermanos ó parientes en la faccion y que se creian el blanco de las persecuciones de nuestras tropas, ya conquistando la confianza de los ministros de Jesucristo, que ejer-



cian tanto influjo en el espíritu de aquellos sencillos moradores; consiguió no solo que muchos mozos ocultos á la presentacion de nuestras tropas abandonasen el criminal pensamiento de engruesar las filas rebeldes, sino que regresasen tambien á sus hogares muchos jóvenes que mas por inmerecidas calificaciones y violentas é injustas persecuciones, que por adhesion al partido carlista se habian pasado al campo contrario. Llenó, pues, el noble general de la manera mas conveniente y honrosa para la causa que defendia, una de las misiones mas recomendables que la Magestad puede confiar al elevado cargo de capitán general de una provincia, ya sea en tiempo de guerra, ya cuando los disturbios políticos enconan los partidos y se agitan cruelmente las pasiones del corazón humano. Sí; podemos asegurarlo: durante el mando en Valencia del capitán general D. FRANCISCO NARVAEZ no tuvieron lugar las exacciones violentas que con el nombre de multas se imponian entonces á familias honradas y pudientes solo porque *se decia* que eran desafectas, ó porque tenian parientes en la faccion, cosa que no siempre podian aquellas evitar. Pero aun suponiendo lo contrario, nada podia justificar en la mayor parte de los casos, lo injusto y arbitrario de tales providencias. Y lo que es peor todavia, acontecia despues que sobre el paradero é inversion de dichas multas se hacian por unos y otros escandalosas conjeturas, poniendo en duda la integridad y pureza de la autoridad que las habia impuesto. Tampoco tuvieron lugar las injustas persecuciones que desgraciadamente se ejercian en otras partes, hijas casi siempre de un celo mal entendido, y muchas veces bajo el velo de un mentido liberalismo. ¡Fatal sistema que al paso que desacreditaba una buena causa, aumentaba estraordinariamente el número de sus enemigos! ¡Ojalá que hubiesen comprendido algunos como NARVAEZ en aquellas criticas circunstancias las condiciones del mando que se les habia confiado y ejercian omnímodamente!

Hallábanse muy adelantados los preparativos para emprender las operaciones sobre los puertos de Beceite, á fin de librar al reino de Valencia de sus sanguinarios enemigos, cuando recibió NARVAEZ una órden del gobierno para que resignase el mando en



el gefe mas antiguo y se trasladase á Cartagena á esperar órdenes de S. M. Fué de todos muy mal recibida esta disposicion, porque el general, tanto por sus cualidades recomendables para el mando, como por el buen estado en que mantenía el honor de las armas, era generalmente apreciado y muy querido por los que le trataban con intimidación. NARVAEZ, empero, siempre obediente, acató sin quejarse las disposiciones del gobierno, entregó el mando y se embarcó para Cartagena, desde cuya plaza solicitó y obtuvo mas tarde su cuartel para la córte.

1837.—Muy pronto tuvo el gobierno motivos para arrepentirse de haber resuelto la separación del general D. FRANCISCO NARVAEZ de la capitania general de Valencia. Desde entonces cambió completamente el carácter de la guerra en aquel país: las facciones, poco antes dispersas y fugitivas, recobraron su antigua audacia: las tropas vencedoras fueron vencidas: de día en día se aumentó notablemente el número de los rebeldes, y fué por último tan desgraciada la suerte de nuestras armas, que de sorpresa en sorpresa, fueron batidas las tropas del ejército de Valencia, quedando éste tan desorganizado, que en mucho tiempo, no pudo tomar la ofensiva. Teatros de tanta desventura y de sangrientas jornadas, que llenaron de luto y llanto á muchas familias, fueron los campos de Siete-Aguas, y Burjasot. ¡Allí perecieron en gran número y horriblemente sacrificados, jóvenes y aventajados oficiales, sargentos bizarros y soldados valientes, cuyo entusiasmo por la causa que defendían rayaba en delirio!!! ¡Murieron, sí, como héroes, disputando á palmas el terreno, y vendiendo muy caras sus preciosas vidas!!!..... Cubramos con un velo aquellos horrorosos sucesos, que ya pertenecen al dominio de la historia; y que ésta, severa é imparcial, lo rasgará en su día, consignando los hechos tales como han pasado, y con todos los sombríos detalles de escenas tan horribles!!! Por consecuencia de haber separado del mando á tan entendido y prudente general, volvieron á experimentar los pueblos de la huerta y la ribera, mayores vejaciones, si cabe, que antes; hasta que reforzado con nuevas tropas aquel ejército, y dada otra organización, pudo emprender ofensivas operaciones.

Empero al separar de la memoria las tristes imágenes que producen semejantes recuerdos, busquemos sucesos que dulcifiquen las amargas sensaciones que han afligido nuestro corazón. Por fortuna, el héroe, cuya biografía escribimos, nos ofrece con harta frecuencia acciones generosas, que tienen por desgracia pocos imitadores en tiempos extraordinarios y críticas circunstancias en que para arrostrarlas, se necesita estar dotado de gran valor cívico, que no todos poseen en el mando superior.

Ya hemos dicho antes, que siempre que la facción invadía la huerta y la ribera, cometía todo género de excesos; y que sedienta de sangre, ejecutaba horribles asesinatos, encarnizándose especialmente en los que pertenecían á la Milicia Nacional. Una guerra tal de muerte y esterminio, tenía constantemente irritados los ánimos, y había también producido la emigración de muchos pudientes á la capital, en donde si bien vivían tranquilos, tenían abandonados su casa é intereses. Al principiar el general NARVAEZ sus operaciones sobre Bejis y Chelva, como lo hemos manifestado, tomó á la facción cinco oficiales y unos sesenta soldados prisioneros. En lugar de mandarlos fusilar, según la práctica á la sazón establecida con los de igual procedencia, ordenó fuesen trasladados al depósito de Cartagena. Llegó á traslucirse en la ciudad la disposición del general, y algunos descontentos bulliciosos, entre ellos muchos emigrados de los pueblos, murmuraron de semejante resolución. Agitáronse, con este motivo, los ánimos de los más inquietos, y se principió á decir que iban á pedir al general el fusilamiento de todos los prisioneros. Temíase, pues, con fundamento que en el caso de que no accediese el general habría bullanga, y se apoderarían de aquellos infelices, usando en sus personas sangrientas represalias. Los hombres sensatos y amantes del orden, reprobaban naturalmente semejante conducta, inclinándose en favor de la del general. Este, firme en su propósito, tomó enérgicas disposiciones para imponer á los perturbadores de la tranquilidad pública, con la resolución de obrar contra ellos, si tenían la temeridad de oponerse al cumplimiento de sus

órdenes. El bizarro capitán D. Antonio Garrigó, jefe de la escolta del general, había recibido terminantes instrucciones, y se habían dado igualmente las necesarias á los jefes y oficiales de las tropas. El general había de montar á caballo en el momento que á la primera intimación no se disolviesen los grupos. Pero mientras se disponía á contener con las armas á los revolucionarios ó mal contentos, á fuer de prudente y conciliador, y amante sincero de un pueblo, que tantos sacrificios había hecho por la causa de la Reina y de la patria, convocó á su casa á los jefes de la Milicia, asegurándose de su lealtad y decisión por el orden. Al ver los descontentos las disposiciones hostiles del general, cejaron en sus planes; y los prisioneros salieron para su destino, sin ser molestados. De este modo, la cordura y energía del general, evitaron los males de suma trascendencia, que seguramente habrían ocurrido, si la debilidad hubiera dejado tomar vuelo á los alardes de venganza y crueldad, que se manifestaban por espíritus turbulentos; y se evitó también, que hubiese caído sobre la hermosa ciudad, una de esas manchas que jamás se borran de la historia de un pueblo.

1838.—Poco tiempo tardó el gobierno de S. M. en utilizar nuevamente los servicios del benemérito general D. FRANCISCO NARVAEZ, pues á principios de este año, fué nombrado gobernador militar de Madrid, y en primero de junio del mismo, capitán general del distrito de Castilla la Nueva, é inspector general de la Milicia Nacional del Reino; cuyos importantes cargos, desempeñó con el tino y prudencia propios de sus aventajados talentos, según así lo demostró la conservación del orden, y pública tranquilidad que reinó en la capital de la Monarquía en aquellos tiempos, de suyo bulliciosos y difíciles.

Por entonces se recibió la noticia, de que el castillo de Moya, en la provincia de Cuenca, estaba bloqueado por los enemigos, y próximo á rendirse por falta de víveres, sin que las tropas de aquella capital pudiesen darle auxilio en razón á la superioridad de las fuerzas enemigas. Era por lo tanto necesario y urgente acudir al socorro de aquella fortaleza. El capitán general no se contentó con dar órdenes á los comandantes ge-

nerales, ni hacer marchar tropas contra los rebeldes, sino que fué en persona mandando las cortas fuerzas que pudieron reunirse, y salió de la córte á incorporarse á la columna, que mandaba el brigadier Iriarte, marchando seguidamente sobre Moya. A beneficio de operaciones bien combinadas, hizo NARVAEZ levantar el sitio introduciendo en dicho castillo mas de seiscientas cargas de víveres. A su regreso, quiso examinar por sí mismo los demas puntos que ocupaban los enemigos, y se dirigió á Cañete, plaza que tenian estos en buen estado de fortificacion. Campó á su frente, y con algunas guerrillas y el comandante de ingenieros coronel Polo que le acompañaba, practicó un reconocimiento, é hizo que este gefe levantase el croquis de la fortificacion, lo cual ejecutó aquel valiente militar, bajo el fuego de los enemigos. Concluida la operacion, continuó su marcha con ánimo de pernoctar en Salinas, pueblo distante media legua de Cañete, en donde batió y dispersó completamente una columna de dos mil hombres, que ignorante de su movimiento venia en auxilio de los suyos. Al siguiente dia se trasladó NARVAEZ á la Cañada del Hoyo, cuyo interesante castillo, que estaba abandonado, lo hizo fortificar; regresando despues á Madrid.

Prestaron en esta jornada recomendable servicio, un oficial y treinta individuos de la Milicia Nacional de la córte, que en calidad de escolta, acompañaban al general. Injustos fuéramos á la verdad, sino manifestásemos, que este número de hombres á la menor insinuacion del general, cargaron á la vanguardia enemiga compuesta de dos mitades de caballeria, con el denuedo y bizzarria de valientes y pundonorosos militares, rivalizando en arrojo y subordinacion con los cuerpos del ejército.





## V.



1839.—Tocábanse ya los beneficios y ventajosos resultados del memorable convenio de Vergara; pero ardía aún la guerra civil en las provincias de Aragon, Valencia y Cataluña. El famoso caudillo del Maestrazgo, permanecía fiel á la causa carlista, y con ánimos de continuar la campaña, contando con la lealtad de sus partidarios. Empero *el hombre* del partido carlista no podia evitar los efectos que habia causado en el espíritu de los pueblos el abrazo de Vergara: así fué que cambió enteramente el aspecto público de los mismos paises dominados por la faccion tan afectos antes al célebre caudillo, y tan decididos por la bandera que defendia.

Con tantos elementos en contra, y con un ejército imponente y victorioso, próximo á caer del Norte como un torrente sobre las facciones reunidas que acaudillaba Cabrera, el vencer éste, era imposible; mas por lo mismo que habia grandes peligros, mayor era la gloria en acometerlos, y el famoso caudillo aspiraba á esta gloria como el último y mas irrefragable testimonio, que pudiera ofrecer su lealtad en favor de la causa que defendia.

En tan extraordinarias circunstancias, promovido ya á TE-

NIENTE GENERAL D. FRANCISCO NARVAEZ, fué nombrado por S. M. ministro de la Guerra, y en comision de Marina con retencion de la inspeccion general de la Milicia Nacional del Reino. Entró NARVAEZ en el gobierno con gran fé en sus principios politicos, rebosante su corazon de vigor y patriotismo, y con toda la voluntad, y el buen deseo del hombre honrado, que solo aspira á corresponder dignamente á la confianza de su Soberana, y á merecer la opinion del pais, contribuyendo noble y lealmente por su parte á la consolidacion del trono, y al bienestar y prosperidad de la nacion. Animado pues, de tan nobles propósitos, principió NARVAEZ á desempeñar los dificiles cargos que se le habian confiado, que eran por cierto mucho mas dificiles en aquellos tiempos de penuria y de exigencias casi siempre apremiantes, y no siempre moderadas. Era en verdad necesario hacer mucho todavia para concluir la guerra, y comprendiéndolo asi el ministro del ramo consagró todos sus desvelos á tan preferente objeto.

1840.—Hacia poco tiempo que el general en gefe de los ejércitos D. Baldomero Espartero, habia dejado las provincias del Norte, dirigiéndose sobre Aragon en donde debia batir al caudillo Cabrera que lo ocupaba con un ejército respetable. El general en gefe, no contando con las dificultades que presentaba el terreno defendido por Cabrera, ni con las que podia ofrecerle la estacion de invierno que se aproximaba, ó ya persuadido de que el enemigo abandonaria sus posiciones á la noticia de su aproximacion; dispuso el licenciamiento de sus brigadas en el Norte, y dejando la artilleria y demas pertrechos de guerra, marchó á la ligera con solo diez cargas de cartuchos por batallon, lo cual creia sin duda suficiente para esterminar las facciones. Pero al llegar al Mas de las Matas, se convenció de que Cabrera estaba resuelto á defenderse, y á cuyo efecto tenia fortificados muchos puntos importantes, que era indispensable tomasen nuestras tropas antes de emprender esta nueva campaña, con favorable éxito. Asi, pues, vióse obligado á detenerse y pedir al gobierno de S. M. lo necesario para sus operaciones. NARVAEZ que ocupaba á la sazón el ministerio de la Guerra, como

entendido general, y consumado guerrero, conoció bien los recursos que le hacian falta al en jefe de los ejércitos; y fueron ciertamente laudables los esfuerzos del Ministerio de la Guerra, para proporcionarlos; pues no obstante lo exhausto del tesoro, como por encanto se encontró el ejército provisto de municiones de boca y guerra, de vestuario, capotes, artilleria, crecido número de acémilas, carros de transporte, tiendas de campaña, desusadas en esta época, y todo lo demas que pudo necesitar, y pidió el general en jefe, para el estermínio completo de los enemigos.

Descansaba el general NARVAEZ en la tranquilidad de su conciencia y en lo recto y leal de su proceder, cuando á principios de abril se atravesó un incidente que puso á prueba el carácter firme, justificado é independiente del ministro de la Guerra. Fué el caso una larga propuesta de recompensas dirigida por el general en jefe al gobierno de S. M. por la toma de Segura y otras acciones parciales, en la cual se incluia para el empleo de mariscal de campo al brigadier D. Francisco Linaje, secretario de campaña, amigo del Duque, y por decirlo de una vez, su favorito.

Examinó el ministro de la Guerra los servicios, méritos y antecedentes del brigadier Linaje, y pesados imparcialmente en la balanza de la justicia, los halló sobradamente recompensados, y que no eran bastantes los recientes méritos que se alegaban en favor del secretario de campaña, para promoverlo á la distinguida clase de general. Llevó NARVAEZ este desagradable asunto al consejo de ministros: fué unánime en un principio la opinion del gabinete, adhiriéndose al parecer del ministro de la Guerra que apoyó con notable firmeza y buenas razones su digno presidente, el honrado D. Evaristo Perez de Castro. Pero el negocio, apreciadas las circunstancias, era grave, bastante grave por varios conceptos, y pasado el momento de la sorpresa que produjo en el ánimo de los miembros del consejo la propuesta del general en jefe; evaporado, si puede decirse asi, el espíritu de independenciam que dominára en el gabinete, dióse entrada á consideraciones que algunos estimaron en mas valor

que el que realmente tenían: dividiéronse, pues, los pareceres, suspendiendo acordar en el particular interin se ponía el caso en conocimiento de S. M. Seguidamente NARVAEZ dió cuenta á la Augusta Regente del asunto que pusiera en conflicto al gabinete, y espuso á la Reina con la veneracion y acatamiento debidos á la Magestad; pero con noble firmeza é ingenuidad, las razones que en su conciencia le asistian para no acceder á la propuesta del general en gefe en favor de Linaje.

Apesaróse el real ánimo de la Gobernadora del Reino al considerar los males que podia originar en aquellas circunstancias una cuestion de tanta trascendencia, que ya por lo pronto relajaba los vínculos de union y de perfecta armonía que reinaban entre los miembros del gabinete. Y efectivamente era asi: el ministerio marchaba compacto y acorde en todas las cuestiones; habia sometido los alardes revolucionarios; sostenido con laudable energía el orden público; seguía ademas una política tolerante y conciliadora en virtud de la cual apreciaba los talentos colocando los hombres de mérito sin distincion de color político; y solo anhelaba la terminacion de la guerra para lo cual habia empleado grandes medios y recursos, á fin de poder ocuparse de las saludables reformas que reclamaban imperiosamente el bien de los pueblos y la situacion angustiosa del tesoro. El departamento de la guerra, especialmente, habia contribuido á tan grande obra, desplegando su distinguido gefe una actividad y celo poco comunes, verdaderamente dignos de la santa causa que se defendía, y de la reputacion del ilustre general NARVAEZ. Empero era necesaria y hasta urgente resolver en materia tan grave, y resolvióse al fin. NARVAEZ se mantuvo firme é independiente y presentó su dimision. No fueron bastantes para retraerle de su bien meditada resolucion las observaciones que la sabiduría y benevolencia de la augusta Gobernadora hicieron á su leal consejero. « *En mi humilde opinion, Señora, dijo NARVAEZ á la Reina, será un mal de gran trascendencia el ceder en esta cuestion. Si el gobierno aprecia en su justo valor el sentimiento de su propia dignidad y su decoro, no debe, Señora, doblegarse ante una exigencia de tal naturaleza.*



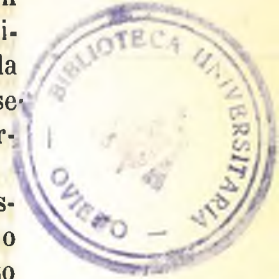
*Es esta una cuestion, Señora, en que no solo se empeña la honra política del gabinete, si no el porvenir de mas altos intereses. Y de seguro, Señora, si se cede hoy, habrá que ceder mañana, habrá que ceder siempre, y Dios solo sabe á dónde nos conducirá semejante debilidad. ¡Ojalá! Señora, que yo me equivoque; pero procedo en este asunto á impulsos de la conviccion mas profunda, y mi resolucion por lo tanto es irrevocable: por lo mismo suplico á V. M. se digne admitir mi dimision. La Reina no insistió mas: inspirábale una confianza ciega el general en gefe, y no divisaba S. M. por parte alguna motivos de temor: respetaba los que para retirarse del gabinete tenia su consejero; de cuya lealtad y decision no podia dudar; pero creia que un desmedido celo y amor á su Soberana podian estraviarle en esta ocasion. Decidida, pues, S. M. á no desairar al general en gefe de los ejércitos, admitió con harto sentimiento suyo la dimision de su fiel ministro. Recibió NARVAEZ al despedirse de la Reina pruebas inequívocas de su real aprecio, por las cuales se convenció de lo satisfecha que estaba S. M. de su lealtad y servicios.*

Al retirarse NARVAEZ de la Real cámara encontró al ministro de Marina, Montes de Oca. «*Ya no soy ministro, le dijo Narvaez sonriéndose.—¿No ha cedido V. mi general? Repuso Montes de Oca.—Jamás cederia en esta cuestion, amigo mio: me retiro del poder tranquila mi conciencia y satisfecho de mi conducta en esta ocasion de prueba.—Tambien yo me retiro Narvaez, contestó el de Marina, me he unido á la opinion de V. en el consejo, porque preveo como V. muchos males si suscribiésemos á la exigencia del cuartel general.*»

¡Fatídicas palabras que diez y ocho meses despues debió recordar dolorosamente en el patibulo el malogrado y cumplido caballero Montes de Oca!!!

Otro ilustre miembro del gabinete, ministro de la Gobernacion, el distinguido político Calderon Collantes, dimitió tambien asociándose á la suerte de sus nobles compañeros NARVAEZ y Montes de Oca.

Asi las cosas, recibió NARVAEZ noticias de la muerte de su



suegro, rico propietario de la Isla de Cuba, donde la presencia del general se hacia precisa para el arreglo de los intereses de su esposa; por cuyo incidente se vió obligado á solicitar el cuartel para la Habana, que en efecto le fué concedido. Al emprender su marcha se dirigió á la capital de Francia, con la idea de curarse una fístula que tenia en el ojo derecho, producida á no dudarlo, por los excesivos y continuos trabajos á que se consagró en su importante cargo de ministro de la Guerra.

Durante la permanencia de NARVAEZ en la capital de Francia, ocurrieron los acontecimientos que dieron lugar á que el general Espartero se encargase de la presidencia de la Regencia provisional del reino; y uno de los primeros actos del nuevo poder, fué anular el cuartel que se concedió á NARVAEZ para la Habana, comunicándole la órden de que se trasladase á la Península.

1841.—NARVAEZ, sin embargo, continuó en Paris, siguiendo los trámites de la penosa operacion que habia sufrido en el ojo, mediante una Real licencia *que á duras penas* pudo obtener. Fué por entonces cuando se abrió en el Senado solemne discusion sobre la tutoria de S. M. y A., que dió por resultado el despojar de aquel importante cargo á S. M. la Reina madre. NARVAEZ, como Senador del reino por la provincia de Avila, se dirigió desde Paris el 18 de julio al presidente del Senado, emitiendo su voto en tan grave asunto y razonándolo en la siguiente esposicion.

«Excmo. Sr.: ausente del reino, como sabe V. E. á causa de mis dolencias, no he podido tomar parte en la gravísima discusion que el Senado se ha creído autorizado á abrir sobre la tutoria de S. M. y A. Pero deseo hacer constar que mi voto es de todo punto contrario á lo acordado por las Córtes en su sesion de 10 del corriente. Para mí no cabe duda en que las Córtes ni tenian ni podian abrogarse facultades para declararla vacante. No la tenian, porque la tutoria subsistia en toda su fuerza y vigor en las dignísimas manos de S. M. la Reina madre. Ni podian abrogárselas porque para desoir los constantes preceptos de nuestra legislacion civil y política; para quebrantar abiertamente el testo absoluto del artículo 60 de la Constitucion que todos hemos jurado; para

desterrar à la excelsa SEÑORA que á tantos desterrados abrió las puertas de la pátria ; para poner fuera de la ley á la RESTAURADORA de nuestras leyes ; para tan pronto amargarle la vida á la inocente ISABEL ; faltaban hasta los pretextos que los revolucionarios suelen convertir en razones de Estado. Y bien puedo decirlo y jurarlo , yo , que llamado en dias azarosos à la alta y no esperada honra de sentarme en los consejos de S. M. pude verla solicita siempre en sujetar su autoridad al imperio de la ley, dispuesta siempre á confundir con igual afan y en comunes desvelos la suerte de sus augustas hijas y la felicidad de todos los españoles. Asi hubiera dicho y votado como Senador ; asi lo pienso como militar honrado ; asi debo publicarlo á fuer de caballero. Sirvase , pues , V. E. en la forma que mas oportuno le parezca , procurar que asi conste en las actas del Senado.»

La enérgica manifestacion que hemos insertado del general D. FRANCISCO NARVAEZ en defensa de los indisputables derechos de la Reina madre sobre la tutela de sus augustas hijas , le ocasionó nuevas enemistades del partido que entonces dominaba y una persecucion mas directa y positiva ; pues no hallándose restablecido aun de la peligrosa operacion que habia sufrido, y necesitando mas tiempo para seguir la curacion de su ojo bajo la asistencia del facultativo que le habia operado ; solicitó próroga en su licencia, y no solo no se le dió contestacion alguna , sino que seguidamente se ordenó borrar su nombre de la Guia , dándole de baja en la clase de generales y dejándole por consiguiente en el concepto de emigrado.



---

## VI.



1842.—El génio de NARVAEZ no se ajustaba á la ociosidad, acostumbrado á una vida activa y laboriosa. Considerándose, pues, como emigrado y constituido como un particular en la capital del vecino reino de Francia, se dedicó con sus medios y el auxilio de un amigo á una grande empresa, que coronó sus esfuerzos, produciéndoles sumas utilidades.

No es nuestro propósito descorrer el velo que cubre los grandes sucesos políticos que con tanta rapidez se sucedieron en la época en que hemos dejado pendiente esta biografía. Abandonamos la narracion severa é imparcial de ellos á la historia á cuyo dominio pertenecen y á plumas mas elocuentes que las nuestras; porque son hechos contemporáneos, y *brotan sangre* cuantas veces se les toca; y á pesar del tiempo que ha pasado y de los desengaños sufridos, se indigna el ánimo mas noble al pensar en la inconsecuencia de los hombres y los partidos. Pero cumple, sí, á nuestro deber y á nuestro derecho, usando de ambos con circunspeccion y mesura, el decir que las persecuciones que esperimentó el digno personage, de que es objeto esta biografía, despues de su salida del poder fueron injustas y puramente gratuitas. Y no se culpa de ello al guerrero emi-

nente que era á la sazón el gefe supremo del Estado ; nó ciertamente; hemos creído siempre que fueron obra *de la influencia* que se agitaba á su derredor y que mas tarde fué tambien el origen de nuevos y memorables sucesos. NARVAEZ, íntimo amigo y antiguo compañero del Duque de la Victoria , era justo apreciador de sus méritos, y mas de una vez le defendió de la emulacion y la envidia. NARVAEZ en el poder, trató de ponerse de acuerdo con el general en gefe, para marchar á un mismo fin, á la mas pronta terminacion de la guerra con gloria para las armas de la REINA y para el caudillo que las mandaba. NARVAEZ le brindó con la proteccion que pudiese emanar del elevado puesto que ocupaba; pero estos ofrecimientos, tan naturales como hidalgos, fueron mal interpretados por el Duque, ó dicho con mas justicia, segun nuestra creencia, por *alguna* de las personas que le rodeaban. NARVAEZ, sin embargo, pasó por alto tales indisposiciones; y noble y consecuente como siempre, olvidándolo todo, y teniendo solo presente lo que cumplia á su deber como ministro de la Guerra, y á su patriotismo como hombre honrado, lejos de entorpecer los recursos al general en gefe, como podia hacerlo para retardar y deslucir por consiguiente sus operaciones, le prestó, como lo hemos consignado en anteriores páginas, cuantos auxilios él creyó necesarios y le pidió el cuartel general. Y nos atrevemos á decir, sin que se crea por ello que nos rozamos siquiera con la idea de oscurecer ni rebajar en lo mas mínimo la gloria del ilustre caudillo, que la oportunidad de los abundantes auxilios que éste recibió de NARVAEZ contribuyó en mucho á la importante toma de Morella y á la pronta conclusion de la guerra civil. Y si se atravesó una cuestion grave y delicada complicada con otras no menos graves en aquellas circunstancias, NARVAEZ, ministro de la Guerra, *al tratarla como la trató*, estaba en su derecho como *Ministro responsable*; y al aconsejar como lo hizo á S. M. la Reina Gobernadora, procedió como consejero leal y prudente, dotado de ánimo intrépido. El hombre, que, simple brigadier y en circunstancias como las de 1831, que arredraban á los espíritus mas levantados, habló *al Rey Fernando* con la lealtad y entereza que hemos

visto y cuyas palabras, que envolvian un saludable y verdadero consejo á la magestad, aunque sobre hechos ya consumados, agradaron al Rey y las apreció en su justo valor; este mismo hombre elevado ya á teniente general y ministro de la Guerra, con algunos años mas de esperiencia de las personas y las cosas, no habia de ser menos leal ni de menos carácter, llamado ahora oportunamente al consejo, para dar él que en su conciencia creia mas conveniente á la augusta viuda del Rey, la Gobernadora del Reino. Verdad es que Dios solo manda á los acontecimientos y que al hombre únicamente le es permitido poner los medios. Pero por esto mismo al preveer NARVAEZ males de trascendencia si se cedia en la cuestion, puso de su parte los medios, aconsejando á S. M. con tanta lealtad como firmeza. El tiempo se encargó de justificar, muy en breve por cierto, los justos temores del ministro de la Guerra. *¡Pluguiera al cielo que rodeasen siempre á los reyes consejeros de tan fino temple y acrisolada adhesion; que no se verian tantos ejemplos, en la historia de todos los tiempos, de las dinastias que han perdido su existencia política por no llamar á su consejo á hombres honrados é independientes, que merezcan la estimacion del pais!*

Otra cuestion de mas altas y respetables proporciones se agitó por entonces en el Senado, la cual dió otra vez ocasion al general NARVAEZ para manifestar, *siempre á la misma Señora*, su constante lealtad y adhesion; la cuestion de tutela de que hemos tratado antes y que le valió á NARVAEZ una enconada persecucion por la misma funesta influencia que dominára entonces. El general NARVAEZ, como Senador del reino, estuvo en su derecho al dar su voto en dicha cuestion conforme á su conciencia: emitió este voto y lo razonó en una esposicion, como lo habria emitido y razonado en el seno de la alta Cámara y en un discurso de iguales dimensiones. Si, pues, son inviolables las opiniones de los Senadores; si estaba ausente por enfermo el general; si usó de su derecho á la manera que en casos idénticos lo practicaban otros; ¿por qué acordó el Senado en sesion secreta su separacion? ¿Por qué sufrió desde entonces una persecucion mas encarnizada...? No queremos salir de los límites

que nuestra prudencia misma ha fijado; pero hartos campo á serias y tristes reflexiones nos ofrecen hechos de tal naturaleza, que tuvieron lugar bajo un gobierno que por las doctrinas constitucionales que profesaba, parecia que deberian estar más garantidos los fueros parlamentarios.

Por fortuna para la mísera condicion humana, la Providencia se encarga de reparar las injusticias de los hombres. El general NARVAEZ forzosamente emigrado porque así lo quiso el gobierno; despojado de su clase como si esta la hubiese improvisado en un solo dia, y no fuera el fruto de una larga carrera sin mancha y de méritos y servicios eminentes; NARVAEZ halló en extranjero suelo, y en la empresa industrial á que le inclinó su laboriosidad, medios honrosos para acrecentar sus intereses. Pero como estos no satisfacen siempre al hombre de corazon, lo que más llenaba el de NARVAEZ, eran las repetidas pruebas de aprecio, y distinguida consideracion, que frecuentemente recibia de S. M. la Reina Madre, hasta el grado de declararse madrina de un niño que la esposa de NARVAEZ dió á luz en esta época, y fué bautizado en los brazos de DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON, en la capilla de su palacio en la Rue de Courcelle en Paris con la mayor solemnidad, y de cuyo acto se ocuparon estensamente los periódicos de ambas naciones.

No menos lisongeaba el noble orgullo del digno general espatriado, la completa seguridad de que su administracion como ministro de la Guerra, habia sido justa, equitativa y económica en todos sentidos. Y con respecto á la concesion de premios de que tanto se abusaba, nos cumple decir, que desde su entrada en el poder, no tuvieron tan fácil acogida las propuestas de recompensas, muchas veces exageradas, y fundadas casi siempre en desmedido favor, deprimiendo con frecuencia el verdadero mérito; propuestas, que naturalmente rechazaba, ó cuando menos reducía á menores términos, el exámen severo é imparcial que de ellas se hacia por espresa orden del mismo ministro. Plausible conducta, que ojalá se hubiera seguido en todos tiempos; porque si bien conocia el general, que era muy justo el premiar á los que se distinguian en el campo de bata-



lla, ó en otros servicios arriesgados ó de mérito especial; consideraba, que no solo se mataba el estímulo en las clases acordando premios indebidos, sino que se creaban mas obligaciones, gravando con el aumento de estas, los intereses apreciables de los pueblos, y haciendo mas precaria la situacion del tesoro público.

III





## VII.



1843.—Los importantes sucesos acaecidos en junio de este año, variaron las circunstancias que impedían á muchos hombres notables del partido moderado su regreso á España, y que á beneficio de aquel cambio político, volvieron á la madre patria. Fué uno de estos el teniente general D. FRANCISCO ANTONIO NARVAEZ, conde de Yumuri, que fijó su residencia en la córte, para donde se le concedió su cuartel. Han pasado mas de diez años, durante los cuales, ha conservado el noble conde una independencía y aislamiento sin límites, separado completamente de los negocios políticos, y retirado en su deliciosa quinta de Carabanchel, gozando en el seno de su amada familia, las dulzuras de la vida privada.

Bien conocidos ya y debidamente estimados los antecedentes políticos de este general; atendidos sus relevantes servicios, y dignamente apreciadas sus distinguidas cualidades como militar, como consejero de la Corona, y como hombre de partido; confesamos que es incomprensible su retirada de los negocios públicos, á los cuales se consagrara en otros tiempos con fé sincera, con honra política, y con ardiente celo y reconocida probidad. Nuestros lectores participarán de seguro de nuestra

admiracion. Por nuestra parte, nada podemos añadir á las líneas precedentes. Oigamos, empero, al mismo general, quien al poner á nuestra disposicion algunos antecedentes de su carrera, que él solo podia suministrarnos, y respondiendo á una invitacion nuestra, consigna en su carta autógrafa, las siguientes sentidas palabras.

».....Tendamos un tupido velo sobre los años pasados, en los cuales  
»he probado amargos y no esperados desengaños. Si he recibido algun  
»agravio, lo he olvidado completamente: de nadie me quejo, ni á nadie  
»culpo. Mi conciencia está tranquila como lo ha estado siempre, y  
»puedo alzar la frente erguida, en la seguridad de que nada se me puede  
»echar en rostro. Apesar de todo, consecuente por carácter y fiel siem-  
»pre á mis principios políticos, mi espada, mis intereses, y hasta mi  
»vida, son de mi pátria, y de mi Reina. Por lo tanto, deseo la consolida-  
»cion del trono y la felicidad de mi pais, por cuyos caros objetos, he  
»combatido tantas veces. Y estos mismos sentimientos inculcaré en mis  
»hijos, niños aún, para que en su día, honren la memoria de su padre,  
»sirviendo con decision, nobleza y lealtad á su Reina y á su pátria. Estos  
»son mis ardientes y constantes votos, y solo pido á Dios, que los  
»cumpla.»

Respetamos el silencio que generosamente se ha impuesto el mismo general, y que sobrado bien comprenderemos, porque es mas elocuente y espresivo que cuanto nosotros pudiéramos decir. Semejante silencio, y las pocas y notables palabras que han salido de los lábios del general, dan una idea muy elevada de su carácter noble é indulgente, y ofrecen campo á consideraciones bien tristes, que, en su línea son una verdadera y severa página de la historia contemporánea.... ¡Qué leccion para los hombres y para los partidos!!!

Elevado el conde de Yumuri en 1847, como título de Castilla, á la dignidad de Senador del Reino, ha demostrado en las votaciones del alto Cuerpo Colegislador, la independenciam de su carácter, y su firmeza en los principios políticos, que ha profesado siempre. Despues de tantos años de silencio, resonó la voz del ilustre general, en la célebre sesion de la reforma de arance-

les. Su discurso, notable bajo distintos aspectos, fué enérgico, elocuente y de oposicion. Abogó con calor y sobrada inteligencia, tratándose de materias ajenas á su profesion militar, por los intereses materiales del pais, y de nuestras ricas posesiones de Ultramar. Y al hacer comparacion de la época presente, en la que se ha conseguido la introduccion de algodones, con los tiempos de la regencia de la Reina Cristina, durante la cual no pudieron alcanzarla las influencias del extranjero, aprovechó el general, la ocasion natural que se le ofrecia de elogiar un hecho de la sábia administracion de la augusta Gobernadora, hecho que ha merecido la gratitud del pais, y que el egrégio conde consecuente en todas las épocas, y á fuer de leal, ha consignado con una caballerosidad que le honra.

Y en prueba de la general aceptacion con que se recibió en el industrioso pais catalan el elocuente y enérgico discurso del distinguido Senador, tenemos la satisfaccion de insertar el siguiente escrito.

« Junta de Comercio de Barcelona.—Excmo. Sr.—La Junta de Comercio de la provincia de Barcelona, previendo desde su publicacion en el Congreso de señores Diputados los muchos y graves perjuicios que iba á causar á la nacion la reforma de los aranceles de aduanas, tal cual se propone en el mismo y que con poca diferencia ha sido publicado como ley en 17 del pasado, creyó deber seguir todos sus trámites; y al saber el interés que V. E. tomó en el Senado, principalmente sobre aquellas bases que mas inmediatamente aniquiláran el comercio de buena fé y la industria nacional, en cuyas dos fuentes de pública riqueza se alimentan tantos millares de almas y hay invertidos tantísimos capitales; ha creído de su deber espresar á V. E. su gratitud por tan laudable comportamiento, esperando se sirva V. E. perseverar en el mismo en cuantas ocasiones se le presenten, hasta quedar pulverizadas esas ideas deslumbradoras que por desgracia han importado en nuestro pais algunos hombres de teorías abstractas; ideas que mas tarde, ó mas temprano, desacreditaria del todo la esperiencia.—Reciba V. E., pues, el mas sincero parabien por tan recomendables ideas y por la mayor gloria que con

ellas ha alcanzado, *no habiendo sido obstáculo á sus convicciones y noble entereza* la minoría de señores Senadores que al igual de V. E. combatieron aquel proyecto, ya en discusion pública, ya privada, pudiendo V. E. contar desde hoy mas, con la alta consideracion con que esta Junta tiene el honor de ofrecérle sus respetos.—Dios guarde á V. E. muchos años. Barcelona 6 de agosto de 1849.—El vice-presidente accidental, Pablo Vilaregut.—A. Peyra y Mach, vocal secretario.—Excmo. señor conde de Yumuri, Senador del Reino.»

Hállase condecorado este ilustre general con las grandes cruces de San Hermenegildo y de San Fernando: que justifican una larga carrera militar sin mancha, y un valor acreditado en distinguidos hechos de armas. Tiene ademas la laureada de segunda clase de San Fernando: la de comendador de Isabel la Católica; y muchas otras de distincion por acciones de guerra gloriosas, dadas en ambos hemisferios.

Es título de Castilla por Real decreto de 26 de junio, con la denominacion de CONDE DE YUMURI, VIZCONDE DE MATANZAS, y Senador del Reino.

Tal es el retrato del hombre militar y político, del hombre de gobierno que hemos trazado en la persona del teniente general D. FRANCISCO ANTONIO NARVAEZ conde de Yumuri. Las curiosas é interesantes notas de los periodos mas notables de su vida militar y politica, nos han sugerido abundantes reflexiones que no hemos vacilado en sentar en las páginas de esta biografia. Y ellas son en verdad, el espejo terso y limpio en donde fielmente se reflejan las dotes apreciables del hombre en su vida privada, los timbres eminentes del caudillo en heróicos rasgos militares; del político profundo probado en circunstancias azarosas, y del ministro de la Corona, cuya sábia, justa y recta administracion está consignada en todos sus actos públicos.

Al rendir, pues, el debido culto á títulos tan elevados, poco comunes en estos tiempos, de sentir es, ciertamente, que el egrégio conde se halle apartado de la escena política, justamente en los tiempos que atravesamos, en que por esas mismas

dotes que tanto le distinguen, podrian ser muy útiles sus servicios al Trono y al pais. Empero cabalmente en los momentos que terminábamos esta importante biografia, hemos oido de boca en boca, con general aceptacion, el nombre del CONDE DE YUMURI como persona designada para formar un nuevo gabinete. Reflexionemos: despues de tantos ministerios como en tan corto tiempo han estado al frente del pais formados de hombres distinguidos, y animados, á no dudarlo, de los mejores deseos; confesamos que no es posible atinar con la causa de esos períodos de corta existencia gubernamental, á no considerar á aquellos llenos de compromisos de partido y de parlamento, contraidos en las frecuentes y diversas situaciones políticas que hemos visto sucederse dentro del partido mismo, lastimosamente fraccionado, que viene rigiendo hace años el gobernalle del Estado; razon por la que no han podido por falta de vida propia corresponder á lo que sus antecedentes prometian, y satisfacer las necesidades *de que está ansioso el pais*. Por esto mismo creemos que la posicion especial, y enteramente privilegiada en que felizmente se encuentra el noble CONDE DE YUMURI, posicion que tanto enaltecen y tanta confianza inspiran sus pasados servicios; será llamada nuevamente á los consejos de la Corona. Y que si el general tiene *en circunstancias especiales*, la conciencia de su valer, y comprende y sabe llenar, como es de esperar de sus precedentes, los grandes deberes que tienen precision de cumplir los hombres de gobierno, será seguramente por todos bendecida su administracion, *si escribe en su programa y sabe sostenerlas, incorruptibles en la práctica, solo dos palabras: MORALIDAD Y JUSTICIA.*



## FÉ DE ERRATAS.

PÁGINAS.	LINEAS.	DICE.	LÉASE.
5. <sup>ª</sup>	17	consecuencia	conciencia
60	19	comprenderemos	comprendemos
62	16	26 de junio	26 de junio de 1840





FR. DE EUBATAS.

folios	lineas	capitulos	paginas
10	17	1.º	1
20	18	2.º	2
32	16	3.º	3







849024007





